LO QUE ARDE
NO SIEMPRE MUERE
SALVADOR RANGEL ABUD

LO QUE ARDE NO SIEMPRE MUERE

Novela histórica Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Córdoba, 1483. Isabel Salazar, curandera del barrio de San Andrés, es denunciada ante el tribunal del Santo Oficio por una denuncia anónima fabricada con paciencia y mala fe por Bernal de Andrade, novicio dominico consumido por un amor imposible hacia Bárbara, la hija de Isabel. El proceso inquisitorial avanza con la eficiencia burocrática de una institución que ha convertido la sospecha en sistema. La sentencia es la hoguera.

Bernardo de Aguilar y Córdoba, joven noble recién regresado de Salamanca, se niega a quedarse quieto. No porque sea un héroe sino porque tiene medios, voluntad y la convicción de que la injusticia no es inevitable cuando uno tiene la disposición de actuar. Lo que sigue es la historia de lo que un hombre puede hacer cuando decide que el mundo no tiene que ser como es, y del precio exacto que ese acto les cuesta a todos los que lo rodean.

Lo que arde no siempre muere es una novela sobre el fuego y sobre lo que resiste al fuego. Sobre la maldad que no necesita ser consciente de sí misma para hacer daño. Sobre el amor que no espera condiciones ideales para actuar. Y sobre lo que se pierde incluso cuando se gana.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene un proceso inquisitorial narrado sin concesiones, una denuncia fabricada con sofisticación y cobardía, un escape de la hoguera que le cuesta a Bárbara creer durante horas que su madre ha muerto, y un final que no es feliz en el sentido fácil sino en el sentido verdadero: se ha salvado lo que se podía salvar y se sabe con precisión el precio de ese límite. Los manuscritos árabes no regresan. El Santo Oficio sigue en pie. Y Bárbara guarda su oficio en un cofre porque el mundo todavía no le permite ejercerlo libremente. No hay redención institucional. Hay supervivencia, amor, y la certeza de que el humo en la plaza sigue siendo el humo de alguien.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando del Instituto Nacional de Salud Pública de México. Escritor aficionado con más de cien novelas publicadas, cultiva una narrativa que combina el rigor intelectual de su formación científica con una sensibilidad literaria capaz de transitar entre el drama histórico, la comedia filosófica y la reflexión moral sin perder el pulso de la historia ni el interés del lector.

En *Lo que arde no siempre muere* aplica esa combinación a una de las páginas más oscuras de la historia occidental, con la convicción de que la literatura sirve también para iluminar lo que preferiríamos no ver, y para recordar que los mecanismos del poder nunca son tan distintos de una época a otra como quisiéramos creer.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Lo que arde no siempre muere

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela histórica / Drama de época / Intriga judicial

Extensión: ~28,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: Córdoba, Andalucía, España, 1483–1485

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que llevo tiempo haciéndome: ¿qué hace una institución cuando alguien la usa para sus propios fines? La Inquisición española, bajo Torquemada y sus delegados, fue una máquina burocrática de una eficiencia aterradora. Pero como toda máquina burocrática, era vulnerable a ser usada por individuos con agendas personales. Bernal de Andrade no es un monstruo. Es un joven débil con acceso a una institución poderosa, que confunde el deseo con la vocación y la envidia con la justicia. Ese tipo de hombre existe en todos los siglos y en todas las instituciones.

Isabel Salazar no es un arquetipo de víctima inocente. Es una mujer con un oficio, una herencia y una dignidad que mantiene incluso en la celda. Bárbara no es una muchacha que espera ser rescatada sino alguien que construye el caso contra su delator con su propia lógica y lo presenta antes de que nadie se lo pida. Bernardo no es un héroe sino un hombre que tiene los medios y la voluntad de actuar cuando la mayoría mira hacia otro lado.

La historia no termina bien en el sentido fácil. Termina en lo que se pudo salvar. Que no es poco, pero tampoco es todo.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

Inquisición española · Córdoba · siglo XV · novela histórica · curandera · conversos · manuscritos árabes · amor · injusticia · poder institucional · Torquemada · Lucero · drama de época · medicina medieval · España medieval · novela en español

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre la Inquisición como espectáculo histórico sino sobre los mecanismos del poder institucional cuando se contamina con intereses personales. A lo largo de sus doce capítulos, *Lo que arde no siempre muere* explora el abuso de una institución como instrumento de venganza personal, la persecución del conocimiento que incomoda al poder establecido, el amor como motor de actos que la prudencia desaconsejaría, la pérdida irreparable como parte inevitable de toda victoria incompleta, y la resistencia silenciosa de quienes guardan lo que saben para transmitirlo cuando el mundo lo permita. El epílogo, "La ventana y el humo", no es un triunfo fácil ni una derrota resignada sino la afirmación de que sobrevivir con dignidad, cuando las circunstancias no permiten más, es también una forma de victoria.

CITAS DESTACADAS

"Isabel Salazar no ardió."

"Lo que Bernal no había previsto era que Bernardo de Aguilar resultara ser precisamente el tipo de hombre que era."

"Bárbara lo miraba con los ojos muy abiertos. Os odio, dijo. Lo entiendo, respondió él. Y os lo agradezco, dijo ella, y esas cuatro palabras le costaron más que todas las anteriores juntas."

"Que se rece por su alma, que falta le hará."

"El Santo Oficio sigue en pie. Algunas historias no terminan. Se interrumpen, que es diferente."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Lo que arde no siempre muere* un territorio narrativo cercano, con el anclaje histórico español y la sobriedad estilística que le son propios.

Umberto Eco (*El nombre de la rosa*): la institución eclesiástica como sistema autónomo capaz de producir sus propias injusticias, y la razón como herramienta de supervivencia en un mundo gobernado por el dogma.

Ken Follett (*Los pilares de la Tierra*): el poder institucional medieval como fuerza narrativa que aplasta y moldea a los personajes, y el amor como resistencia a esa presión.

Arturo Pérez-Reverte (*El capitán Alatriste*, *La tabla de Flandes*): España histórica como escenario narrativo con sus propias reglas, su propio código de honor y su propia sombra institucional.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela representa su aproximación más sostenida al drama histórico de época, donde la precisión documental convive con la libertad narrativa y el rigor moral no cede ante la necesidad del golpe de efecto.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Bernal de Andrade no es descrito como un hombre malvado sino como un hombre débil con acceso a una institución poderosa. ¿Cambia esa distinción la manera en que juzgamos lo que hace?

Bernardo decide no decirle a Bárbara que su madre está a salvo porque necesita que su duelo sea auténtico para que el plan funcione. ¿Ese cálculo es justificable? ¿Qué dice sobre la naturaleza de la protección?

Isabel llora una tarde entera por los manuscritos perdidos y Bárbara llora con ella sin entender del todo por qué. ¿Qué representan esos manuscritos más allá de su contenido médico?

La rehabilitación de Isabel es discreta, sin auto público, para preservar la reputación del Santo Oficio. ¿Es eso justicia o es su simulacro?

El epílogo muestra a Bernardo y Bárbara tomados de la mano frente al humo de otro auto de fe. ¿Qué dice ese final sobre la naturaleza de lo que lograron?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Lo que arde no siempre muere*. Internet Archive.

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Lo que arde no siempre muere*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Lo que arde no siempre muere*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa de denuncia política y —como demuestra esta entrega— el drama histórico de época con vocación moral explícita.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Una institución que condena a partir de denuncias anónimas, que confunde la sospecha con la prueba y el miedo con la fe, que puede ser usada por individuos para resolver disputas personales: nada de esto pertenece exclusivamente al siglo XV. La novela no lo dice de manera explícita porque no necesita decirlo. El lector que vive en el siglo XXI lo reconoce sin que nadie se lo señale, y ese reconocimiento es el efecto que la obra busca producir.

Lo que salvó a Isabel Salazar no fue la justicia. Fue la fortuna de haber encontrado a alguien con voluntad y medios suficientes para actuar cuando la justicia no alcanzaba. Esa fortuna no la tuvo todo el mundo. No la tuvo casi nadie. El humo en la plaza lo recuerda.

El lector que termine estas páginas sabrá que Isabel Salazar existió, o pudo haber existido, y que su historia no es solo la de una mujer en el siglo XV sino la de todos los que han sido juzgados por lo que saben en lugar de por lo que han hecho. Ese lector también sabrá que el Santo Oficio sigue en pie. Con otro nombre. En otro edificio. Pero con los mismos mecanismos.

Y que eso, todavía hoy, importa.

LO QUE ARDE NO SIEMPRE MUERE
Por: Salvador Rangel Abud

ÍNDICE

PRÓLOGO: ***La plaza y el humo***
CAPÍTULO 1: ***El hijo menor***
CAPÍTULO 2: ***Las manos que curan***
CAPÍTULO 3: ***El novicio y su tormento***
CAPÍTULO 4: ***Lo que se siembra en el mercado***
CAPÍTULO 5: ***El Santo Oficio recibe***
CAPÍTULO 6: ***Los manuscritos***
CAPÍTULO 7: ***El precio de un hombre***
CAPÍTULO 8: ***Lo que Bernal no previó***
CAPÍTULO 9: ***La hoguera preparada***
CAPÍTULO 10: ***Lo que arde en la plaza***
CAPÍTULO 11: ***La felonía al descubierto***
CAPÍTULO 12: ***Lo que queda en pie***
EPÍLOGO: **L*a ventana y el humo***

PRÓLOGO

La plaza y el humo

El fuego nunca pide permiso.

Llega con sus propias razones, obedece sus propias leyes, y cuando ha terminado su trabajo no deja explicación sino ceniza. Los hombres que lo encendían en la Plaza de la Corredera de Córdoba en el otoño del año de Nuestro Señor de 1482 creían, sin embargo, que el fuego era suyo. Que lo convocaban en nombre de Dios, que lo dirigían con la vara de la justicia, que lo apagaban cuando la justicia había sido satisfecha. Creían que el humo que ascendía sobre los tejados de la ciudad llevaba consigo la podredumbre del alma hereje y la dejaba caer, convertida en nada, muy lejos de los lugares donde los buenos cristianos dormían tranquilos.

Se equivocaban, claro. Pero eso no los detuvo.

Quien se acercara aquel día a la plaza antes del alba, cuando todavía los perros dormían y el aire tenía ese frío húmedo que baja del Guadalquivir en las mañanas de octubre, hubiera visto a los oficiales del Santo Oficio preparando el aparato de la ceremonia con la meticulosidad de quien organiza una boda o una procesión de Corpus. No había nada improvisado en aquello. Cada elemento de lo que estaba por ocurrir obedecía a un manual, a una instrucción escrita, a una tradición que ya llevaba décadas perfeccionándose. Los sambenitos amarillos habían sido cosidos la semana anterior por mujeres que cobraban por la tarea sin preguntarse para quién. Las sogas que sujetarían a los condenados al poste habían sido revisadas por el verdugo con la misma atención profesional con que un carpintero revisa sus herramientas antes de comenzar el trabajo. El poste mismo había sido clavado en la tierra con la profundidad exacta que la experiencia indicaba como necesaria para resistir el peso de un cuerpo y el empuje del fuego durante el tiempo suficiente.

Era, en todos sus detalles, un oficio.

La gente comenzó a llegar cuando el cielo estaba todavía oscuro. Los primeros en ocupar sus lugares junto a la valla de madera que separaba al pueblo del escenario fueron los más viejos, los que habían aprendido desde niños que llegar tarde a un auto de fe significaba ver las espaldas de los demás durante horas. Después llegaron las familias con niños, porque en esos tiempos nadie consideraba inapropiado que un niño viera lo que la justicia de Dios hacía con quienes la desafiaban. Los niños miraban con esa atención total e irrespetuosa que tienen para todo lo que no entienden del todo. Algunos preguntaban a sus madres. Las madres respondían en voz baja, con palabras que no eran exactamente una explicación sino una instrucción: eso le pasa a quien se aparta de la fe verdadera. El niño asentía. La madre apretaba su mano.

Cuando salió el sol, la plaza estaba llena.

Los condenados fueron traídos desde la cárcel del Santo Oficio, que estaba en el antiguo barrio de la judería, caminando bajo escolta entre dos filas de frailes dominicos que rezaban en voz alta el Miserere. Iban encapuchados con el sambenito, iban descalzos sobre las piedras del empedrado, iban con las manos atadas delante del cuerpo. Había entre ellos una mujer mayor que caminaba sin doblar la cabeza, lo cual provocó un murmullo entre los espectadores porque aquello se interpretaba como soberbia, y la soberbia en un condenado era la confirmación de que el demonio no lo había soltado todavía. Había un hombre que lloraba sin ruido, con la boca cerrada, como quien ha aprendido que llorar en voz alta cuesta más caro. Había un joven de no más de veinte años que miraba al cielo con una expresión que no era exactamente miedo sino algo más difícil de nombrar, algo parecido al asombro de quien comprueba que las cosas que le dijeron que no podían ocurrir, ocurren.

El inquisidor leyó los cargos desde un estrado elevado. Su voz era clara y metódica, la voz de un hombre acostumbrado a decir cosas terribles con calma administrativa. Las palabras caían sobre la plaza como piedras sobre agua quieta: apostasía, judaísmo, pacto con el enemigo de la fe, contumacia, impenitencia. El pueblo escuchaba en silencio. Algunos movían los labios, acompañando la letanía con una oración privada. Otros simplemente miraban.

Lo que ocurrió después no será descrito aquí. No porque no haya palabras para ello, sino porque las palabras que existen son insuficientes y las que serían suficientes no deberían existir.

Quien lea esta historia debe saber que lo que narra no fue una excepción.

Fue la regla.

El Santo Oficio de la Inquisición, establecido en los reinos de Castilla y Aragón bajo la autoridad del Gran Inquisidor Fray Tomás de Torquemada,

procesó durante las décadas que siguieron a miles de personas acusadas de herejía, apostasía, brujería, judaísmo o simple desviación de la doctrina. Muchas de esas acusaciones nacieron del miedo genuino de quienes las hicieron. Muchas otras nacieron de la codicia, de la envidia, de deudas no pagadas, de amores rechazados, de rencores que encontraron en el buzón anónimo del Santo Oficio el instrumento perfecto para su expresión.

La historia que se narra en estas páginas es la de unas pocas personas en Córdoba entre los años 1483 y 1485. Una curandera y su hija. Un joven noble que regresó de Salamanca con demasiadas preguntas y poca prudencia. Un novicio que confundió el deseo con la vocación y la envidia con la piedad. Un carcelero con una hija enferma. Un criado que sabía guardar secretos.

Personas pequeñas en el sentido en que todos somos pequeños cuando la maquinaria del poder decide mirarnos.

Lo que las distingue no es que fueran inocentes. En el universo que habitaban, todos cargaban alguna sombra. Lo que las distingue es que hubo entre ellas alguien que se negó a quedarse quieto. Que pagó lo que había que pagar, que mintió lo que había que mentir, que arriesgó lo que había que arriesgar.

No lo hizo por la justicia. Al menos no al principio.

Lo hizo por amor.

Si eso lo hace más o menos heroico, que lo decida quien lee.

El humo de la Plaza de la Corredera seguirá ascendiendo al final de esta historia. El Santo Oficio seguirá en pie. Fray Tomás de Torquemada seguirá firmando sentencias desde Segovia. Nada de lo que ocurre en estas páginas cambia nada de eso.

Pero Isabel Salazar no ardió.

Y eso, en el año del Señor de 1483, en la ciudad de Córdoba, bajo el reino de los Reyes Católicos y la sombra del Gran Inquisidor, era ya un milagro suficiente.

Capítulo 1

El hijo menor

El camino de Salamanca a Córdoba duraba, con buen tiempo y mejores mulas, entre doce y catorce jornadas. Bernardo de Aguilar y Córdoba lo había hecho en dieciséis, no porque las mulas fueran malas ni el tiempo peor, sino porque no tenía prisa. Regresar a la casa de su padre era una de esas cosas que se hacen inevitablemente, como se paga una deuda o se asiste a un entierro, y en las que el cuerpo encuentra por su propia cuenta la manera de demorar lo inevitable sin que la voluntad tenga que reconocerlo del todo.

Iba acompañado de Sebastián Morales, su criado, hombre de treinta y cinco años y pocas palabras que llevaba sirviéndole desde que Bernardo tenía quince. Sebastián era de origen converso por línea paterna, cosa que él no mencionaba nunca y que Bernardo conocía y jamás había usado como argumento ni como arma. Entre ellos existía esa forma particular de lealtad que no nace del afecto sino de la convivencia larga y la confianza ganada sin ceremonias, que es quizás la más sólida de todas.

—¿Qué cara pondrá don Rodrigo cuando nos vea llegar? —preguntó Bernardo una tarde, mientras descendían hacia el valle del Guadalquivir y Córdoba comenzaba a insinuarse en la distancia como una mancha blanca sobre el verde oscuro de los olivares.

—La misma de siempre —dijo Sebastián—. La de hombre que ha esperado sin querer admitir que esperaba.

Bernardo sonrió. Era una descripción exacta de su padre.

Don Rodrigo de Aguilar era un hombre que había llegado a los sesenta años con la dignidad intacta y el entusiasmo gastado. Había administrado bien el condado, había casado bien a su hijo mayor, Alfonso, y había esperado con paciencia razonable que Bernardo terminara en Salamanca lo que fuera que Bernardo hubiera ido a buscar a Salamanca, que era una pregunta cuya respuesta don Rodrigo prefería no conocer con demasiado detalle. Los hijos menores eran así en las familias nobles: tenían el lujo de la libertad que les daba el no heredar nada importante, y el inconveniente de que esa misma libertad los llevaba a regresar con ideas que complicaban la vida doméstica.

La madre era otro asunto.

Doña Inés de Velasco tenía la complexión moral de quienes creen que el mundo funciona correctamente cuando cada cosa está en su lugar, y que el principal trabajo de una familia noble consiste en mantener esos lugares inamovibles. Era inteligente, era afectuosa a su manera, y era implacable cuando consideraba que alguno de los suyos amenazaba con salirse del sitio que le correspondía. Bernardo era, desde niño, su principal motivo de inquietud en ese sentido. No porque fuera rebelde, que no lo era, sino porque hacía demasiadas preguntas y las hacía con una serenidad que resultaba más perturbadora que cualquier berrinche.

Cuando el pequeño grupo entró por la puerta principal de la casa de los Aguilar, en la calle que daba a la Mezquita por el costado norte, era ya media tarde y el patio interior olía a jazmín tardío y a la humedad de la fuente central. Don Rodrigo los recibió en el corredor del piso alto, de pie, con las manos cruzadas a la espalda.

—Llegas tarde —dijo, y en esas dos palabras estaban contenidas, como Sebastián había predicho, cinco años de espera no admitida.

—El camino era largo —respondió Bernardo, y subió los escalones para abrazar a su padre con esa torpeza afectuosa de los hombres que no han aprendido a abrazar.

Doña Inés apareció detrás de don Rodrigo con una sonrisa que era genuina en su origen y calculada en su expresión.

—Estás delgado —dijo, como si la delgadez fuera un reproche moral—. Salamanca no te ha alimentado bien.

—Salamanca me ha alimentado de otras cosas —dijo Bernardo.

—Eso es lo que me temo —respondió ella, y con esa frase quedó inaugurada sin más demora la tensión familiar que habría de durar, con distintas intensidades, todo lo que duró su estancia en la casa.

La cena de bienvenida fue larga y ceremoniosamente incómoda. Alfonso, el hermano mayor, llegó con su esposa, doña Catalina, que era una mujer agradable cuyo principal mérito social consistía en no tener opiniones propias sobre nada que pudiera generar conflicto. Alfonso había engordado desde la última vez que Bernardo lo vio, y llevaba la gordura con la satisfacción de quien considera que el volumen físico es una señal visible del éxito. Hablaron de la hacienda, de los precios del aceite, de una disputa de lindes con los Cabrera que llevaba tres años sin resolverse. Cuando alguien, doña Inés, deslizó en la conversación el nombre de una joven de la familia Ponce de León como posible candidata para el matrimonio de Bernardo, este respondió que agradecía el pensamiento y que hablarían de ello con calma, lo cual en el lenguaje de la familia significaba que no pensaba hablar de ello en absoluto si podía evitarlo.

Los primeros días los pasó recorriendo Córdoba con la atención nueva del que regresa después de un tiempo suficiente para ver lo familiar como si fuera extraño. La ciudad lo recibió con su ruido habitual, su olor a aceite frito y a cuero curtido y a especias del mercado, y con esa tensión que en los últimos años había ido acumulándose en los barrios como agua detrás de una presa vieja. La Inquisición llevaba establecida en Córdoba desde el año anterior y su presencia se notaba no en nada visible sino en algo más sutil: en la manera en que la gente bajaba la voz al pasar frente a la iglesia de San Pablo, donde estaba la sede del Santo Oficio, en los silencios que se abrían de pronto en mitad de una conversación cuando alguien mencionaba un nombre, en la forma en que los conversos del barrio de San Andrés salían a misa los domingos con una puntualidad que no era devoción sino prudencia.

Bernardo lo notaba todo y callaba, que era el único modo sensato de moverse por Córdoba en esos tiempos.

Una mañana de la segunda semana, mientras Sebastián compraba especias en el mercado del Potro y Bernardo esperaba apoyado en la pared de una casa con la distracción del que no tiene prisa, vio a la muchacha.

Estaba negociando con una anciana que vendía canastas de hierbas, y lo hacía con esa firmeza tranquila de quien conoce el valor exacto de lo que compra y no está dispuesto a pagar más ni a aceptar menos. Tendría diecinueve años, quizás veinte. Era de cabello oscuro recogido bajo una toca sencilla, de gestos precisos, de expresión que no era exactamente seria sino concentrada, la expresión de alguien que está siempre haciendo dos cosas a la vez, la que se ve y la que no se ve. Llevaba una cesta al brazo y en ella, Bernardo alcanzó a distinguir, había ya varias manojos de plantas que él reconoció: romero, salvia, y algo que podría ser valeriana aunque a esa distancia no podía estar seguro.

La anciana cedió en el precio. La muchacha pagó, recogió las hierbas, y al darse la vuelta para marcharse sus ojos pasaron por encima de Bernardo con la indiferencia completa de quien mira una pared. Él se quedó dónde estaba, con una sensación difícil de nombrar, algo entre el reconocimiento y la intriga, como cuando uno escucha por primera vez una melodía que jura haber oído antes sin poder recordar cuándo ni dónde.

—¿La conoces? —preguntó a Sebastián cuando este regresó con su paquete de especias.

Sebastián miró en la dirección que Bernardo señalaba con un gesto discreto.

—Es la hija de la curandera del barrio de San Andrés —dijo—. Bárbara Salazar. La madre se llama igual pero todos la llaman doña Salazar.

—¿Curandera?

—Conoce las plantas. Ayuda a los pobres que no pueden pagar a los médicos de los ricos. —Sebastián hizo una pausa breve—. Son buenas personas.

En el tono de esa última frase había algo que no era solo información sino también advertencia, y Bernardo, que conocía bien a Sebastián, lo registró sin decir nada.

Regresó al mercado del Potro en los días siguientes sin una razón que pudiera explicarse con comodidad. No buscaba exactamente a Bárbara Salazar, o al menos eso se decía a sí mismo, sino que encontraba en ese rincón de la ciudad una animación particular, una mezcla de voces y olores y disputas de regateo que le recordaba ciertos barrios de Salamanca donde había pasado horas agradables sin hacer nada en concreto. Era una explicación suficiente. No era, del todo, mentira.

La tercera vez que la vio estaba atendiendo a una mujer que llevaba un niño pequeño en brazos y que hablaba con ella en voz baja y angustiada. Bárbara examinó al niño con una atención que a Bernardo le resultó llamativa: no era la atención ansiosa de quien improvisa sino la atención metódica de quien sabe lo que busca. Le palpó el cuello, le miró los ojos, olió algo que la madre le mostró en un trapo. Luego habló

en voz baja, señalando las hierbas de su cesta una por una, explicando con paciencia lo que había que hacer y en qué orden. La mujer escuchó, asintió, pagó lo que Bárbara le pedía, que era evidentemente poco, y se marchó con el niño y con algo que parecía alivio aunque el niño no hubiera mejorado todavía.

Bernardo se acercó sin premeditarlo del todo.

—¿El niño tiene fiebres? —preguntó.

Bárbara lo miró. No era la primera vez que alguien se acercaba a hacerle preguntas sobre su oficio, pero había algo en la manera en que este joven había formulado la pregunta, directo, sin el tono de burla ni de censura que a veces acompañaba ese tipo de acercamiento, que le hizo responder en lugar de ignorarlo.

—Fiebres y tos —dijo—. Lleva cuatro días.

—Le has dado valeriana y romero.

Ella lo miró con más atención.

—Y tomillo —dijo—. ¿Cómo sabes tú de eso?

—Estudié en Salamanca —respondió Bernardo—. Tuve un maestro que conocía los textos de Avicena. No tanto como tú, supongo, pero algo.

Hubo un silencio de la duración exacta en que una persona decide si la conversación merece continuar.

—Los textos de Avicena están en latín —dijo Bárbara—. No son fáciles de conseguir.

—No. No lo son.

Otro silencio. Ella recogió su cesta con el gesto de quien tiene trabajo pendiente.

—Espero que el niño mejore —dijo Bernardo.

—Mejorará —respondió ella, sin petulancia sino con la certeza tranquila de quien ha visto el mismo cuadro muchas veces—. Si la madre hace lo que le dije.

Se marchó sin apresurarse. Bernardo la vio alejarse por el callejón que daba al barrio de San Andrés y permaneció un momento donde estaba, con las manos en los bolsillos de su ropilla y una sonrisa pequeña que no era exactamente para nadie.

Sebastián apareció a su lado como siempre, sin hacer ruido.

—Son buenas personas —repitió, en el mismo tono de la primera vez, que era el tono de alguien que está diciendo también otra cosa.

—Ya lo sé —dijo Bernardo, y comenzaron a caminar de regreso hacia la casa de los Aguilar, donde doña Inés estaría esperando con noticias frescas sobre la familia Ponce de León y sus ventajas matrimoniales.

Córdoba olía a aceite y a jazmín y, si uno sabía distinguirlo, al humo frío de lo que había ardido en la plaza la semana anterior y que el viento no había terminado de llevarse todavía.

Capítulo 2

Las manos que curan

La casa de las Salazar estaba en la calle del Almendro, en el barrio de San Andrés, a tres callejones de la antigua judería y a uno de la parroquia donde el cura párroco, un hombre de nariz grande y sermones más grandes aún, llevaba veinte años repitiendo las mismas verdades con el convencimiento de quien no ha conocido nunca una duda. Era una casa angosta y de dos plantas, con la fachada encalada que el tiempo había vuelto color de hueso, una puerta de madera oscura con aldaba de hierro y una ventana alta desde la que, si uno se asomaba con cuidado, podía ver el campanario de San Andrés y, más allá, el perfil recortado de la sierra.

Por dentro era otra cosa.

El piso bajo estaba dividido en dos espacios: la sala donde Isabel Salazar recibía a sus enfermos, que era austera pero limpia, con una mesa grande de encina, dos bancos y una repisa donde los tarros de barro y los manojos de hierbas secas se organizaban con un orden que era a la vez funcional y hermoso, y la cocina, que comunicaba con un pequeño patio trasero donde crecían en macetas y en la tierra misma las plantas que Isabel cultivaba con la atención paciente que otra mujer de su condición hubiera dedicado a un jardín de flores. Había lavanda y menta y tomillo y poleo y ruda y otras cuya identidad solo ella y su hija conocían con exactitud. El patio olía, en las mañanas de otoño, a algo que era difícil de nombrar con una sola palabra: era el olor de lo útil, del conocimiento que vive en las manos y no en los libros, de generaciones de mujeres que habían aprendido de otras mujeres lo que ningún galeno de universidad había querido enseñarles porque enseñárselo hubiera significado reconocerles una inteligencia que no estaban dispuestos a reconocerles.

Isabel Salazar tenía cincuenta y dos años y los llevaba sin disimulo, que es la única manera honrada de llevar los años cuando se ha vivido con intensidad suficiente. Era de estatura mediana, de complexión que había sido delgada en su juventud y que el tiempo había vuelto sólida sin volverla gruesa, de cabello gris recogido siempre bajo una cofia blanca. Sus manos eran su rasgo más notable: grandes para ser manos de mujer, de dedos largos y nudillos marcados por el trabajo, manos que sabían distinguir por el tacto la tensión de un músculo inflamado, el calor de una fiebre que sube de la de una que baja, la textura de una hoja seca que conserva sus propiedades de la que las ha perdido.

Su origen era el que era, y ella no lo ocultaba pero tampoco lo proclamaba. Su madre había sido conversa de la segunda generación, nieta de judíos que se habían bautizado antes de las grandes expulsiones del siglo anterior, y de esa línea le venía no solo la mezcla de sangre que hacía su situación delicada en los tiempos que corrían, sino también parte del conocimiento médico que practicaba, porque la tradición médica de los judíos andaluces era antigua y precisa y había sobrevivido en los márgenes de la historia con la tenacidad silenciosa de las cosas que la gente necesita aunque no quiera admitirlo. De su padre, cristiano viejo de Jaén, le había venido el apellido y la fe practicante que ella no fingía: iba a misa, se confesaba, comulgaba, y en eso no había hipocresía sino convicción genuina que convivía sin aparente conflicto con el conocimiento heredado de su abuela. Que otros no comprendieran cómo era posible esa convivencia era un problema de los otros, no suyo.

Bajo la tabla floja del tercer tablón a la derecha de la chimenea, envueltos en tela encerada y cubiertos con un paño de lana, había tres cuadernillos manuscritos que Isabel había heredado de su madre y que su madre había heredado de la suya. Estaban escritos en árabe, que era la lengua en que la medicina había alcanzado en aquellas tierras su mayor refinamiento, y contenían tratados de materia médica, de diagnóstico por el pulso, de preparación de remedios para fiebres, dolores del pecho, afecciones del vientre y enfermedades de la sangre. Isabel los había leído tantas veces que podría haberlos recitado de memoria, y sin embargo los conservaba porque los libros son también otra cosa además de su contenido: son la voz de los que ya no están, son la prueba de que alguien pensó y supo y quiso transmitirlo, son, en suma, una forma de no morir del todo.

Bárbara los conocía. Sabía que existían, sabía dónde estaban, y tenía sobre ellos la misma actitud práctica que tenía sobre todo lo demás: eran útiles, luego importaban. Su madre le había explicado desde niña que esos papeles debían existir para los dos en silencio, que no era mentira guardar silencio sobre lo que nadie había preguntado, y que la discreción no era cobardía sino inteligencia aplicada a la supervivencia. Bárbara había aceptado esa enseñanza con la misma naturalidad con que había aceptado todas las demás.

Tenía diecinueve años y una claridad sobre sí misma que en otra época hubiera sido simplemente carácter y que en la Córdoba de 1483 era casi una provocación. Sabía leer y escribir, lo cual no era común en una mujer de su condición, y lo sabía sin avergonzarse de ello. Conocía el nombre y el uso de más de cuarenta plantas medicinales. Podía diagnosticar, con los límites que le imponía su edad y su experiencia, las enfermedades más frecuentes de la gente pobre que llegaba a la puerta de su madre porque no tenía dinero para los médicos que atendían a quienes sí podían pagar. No tenía marido ni estaba buscando uno con la

urgencia que la gente del barrio consideraba apropiada para una muchacha de su edad, y respondía a los comentarios sobre ese asunto con una cortesía que era, en el fondo, una manera elegante de no responder nada.

Aquella mañana de octubre habían comenzado antes del alba.

Una partera llamada Mencía, mujer de cuarenta años que conocía a Isabel desde hacía más de una década, había llegado golpeando la aldaba con la urgencia de quien no puede esperar. Traía las manos todavía húmedas y los ojos con ese cansancio particular de quien ha estado despierto toda la noche haciendo algo difícil.

—Doña Salazar —dijo cuando Isabel abrió la puerta—, es la mujer del tintorero Ramos. Lleva dos días con el parto detenido y el niño no termina de nacer y ella ya no tiene fuerzas para pujar.

Isabel no preguntó nada que no fuera necesario. Se vistió, recogió su bolsa, indicó a Bárbara con un gesto lo que debía meter en ella, y en menos de lo que tarda un Ave María ya estaban las tres en la calle, caminando de prisa hacia el barrio del tintorero.

La casa olía a tintes y a miedo, que son olores que no se parecen en nada pero que cuando se mezclan producen algo que se queda pegado en la memoria. La mujer del tintorero estaba tumbada en el lecho conyugal, blanca como la cal de la pared, con el cabello pegado a la frente por el sudor de dos días. Su marido estaba en la cocina con el aspecto de un hombre que no sabe qué hacer con sus manos y que ha rezado ya todas las oraciones que recuerda.

Isabel examinó a la mujer con rapidez y precisión. Palpó el vientre, buscó con los dedos la posición del niño, evaluó la dilatación, tomó el pulso en la muñeca y luego en el cuello. Bárbara observaba desde el pie del lecho, aprendiendo como siempre, guardando en alguna parte de su mente el gesto exacto de cada cosa que su madre hacía y la razón que había detrás.

—El niño está bien —dijo Isabel, en voz lo suficientemente alta para que el marido pudiera oírla desde la cocina—. Viene de lado pero podemos girarlo.

Lo que siguió duró dos horas y no será descrito en detalle porque el parto es uno de los pocos territorios donde las palabras son siempre inferiores a la experiencia. Isabel trabajó con sus manos grandes y su conocimiento acumulado y su voz tranquila que iba diciéndole a la mujer lo que tenía que hacer y cuándo y cómo respirar. Bárbara preparó las infusiones que su madre le indicaba con nombres abreviados que entre ellas tenían el valor de instrucciones completas. La partera Mencía sostenía a la paciente y rezaba en voz muy baja, que era su manera de participar en algo que entendía a medias y que le producía una mezcla de admiración y de algo parecido al temor.

El niño nació justo cuando el sol entraba por la ventana angosta del cuarto y ponía una franja de luz sobre el suelo de tierra apisonada. Era un niño sano, de buen peso, que protestó ruidosamente ante la novedad del mundo. El marido, al escuchar el llanto, entró sin que nadie lo llamara y se quedó parado en el umbral con los ojos húmedos y la expresión de quien acaba de entender que ha tenido miedo durante dos días.

Isabel cobró lo que cobró siempre por ese tipo de asistencia, que era menos de lo que merecía y más de lo que muchos podían pagar, y aceptó además una jarra de aceite que el tintorero les puso en las manos con una torpeza que era, en el fondo, una forma de gratitud que no encontraba otras palabras.

De regreso al barrio de San Andrés, Bárbara llevaba la bolsa y su madre caminaba a su lado con ese paso lento del cansancio satisfecho.

—¿Qué hubiera pasado si el niño no giraba? —preguntó Bárbara.

—Habría muerto él o ella o los dos —respondió Isabel, sin dramatismo—. Por eso hay que saber lo que se hace antes de que ocurra lo que no se puede remediar.

Era el principio pedagógico central de Isabel Salazar, y lo aplicaba a todo: el conocimiento no servía para impresionar sino para estar listo cuando la situación no daba tiempo a improvisar.

Cuando llegaron a la calle del Almendro, había una mujer sentada en el escalón de la puerta. Era Francisca de Molina, la beata de la parroquia, que se levantó al verlas con la expresión de quien ha estado esperando y no está contento por haber tenido que esperar. Francisca era una mujer de cincuenta años, viuda, sin hijos, que había encontrado en la religión el territorio donde ejercer la autoridad que la vida no le había dado por otros medios. No tenía mala voluntad, exactamente. Tenía algo más peligroso: tenía certezas.

—Doña Salazar —dijo—, he sabido que anoche fuisteis a casa del tintorero Ramos.

—Sí —dijo Isabel, sacando la llave de la puerta.

—¿Y el parto fue bien?

—Nació un niño sano.

Francisca asintió con una lentitud que no era satisfacción sino cálculo.

—La gente dice cosas —dijo entonces, en el tono de quien transmite información neutral—. Que hay remedios que usáis que no son de los que conocen los médicos.

—Los médicos conocen lo que han estudiado —dijo Isabel—. Yo conozco lo que me enseñó mi madre. No son la misma cosa pero a veces llegan al mismo sitio.

—Hay quien dice que algunas de vuestras hierbas son cosa del demonio.

Bárbara abrió la boca. Isabel le puso la mano en el brazo, un gesto suave que era también una orden.

—Quien diga eso —dijo Isabel, mirando a Francisca con una calma que era más intimidante que cualquier enojo— no sabe lo que dice. El romero y la salvia son plantas de Dios como lo es el trigo. Si alguien ve en eso cosa del demonio, el problema está en sus ojos, no en mis manos.

Francisca no respondió. Asintió de nuevo con esa lentitud calculadora y se marchó por el callejón con el paso de quien tiene algo que hacer, aunque nadie pudiera haber dicho exactamente qué.

Isabel entró en la casa sin apresurarse. Bárbara la siguió y cerró la puerta. En la cocina, mientras Isabel lavaba sus manos en el barreño, Bárbara permaneció de pie junto a la ventana del patio mirando las macetas de lavanda.

—¿Os preocupa lo que dijo Francisca? —preguntó.

Isabel tardó un momento en responder.

—Me preocupa lo que no dijo —contestó al fin—. La gente que habla de lo que otros dicen, nunca habla de lo que ella misma piensa. Y eso es más peligroso porque no se puede responder a lo que no se ve.

Bárbara miró a su madre. Isabel seguía lavándose las manos con el jabón de ceniza, con esa atención meticulosa que ponía en todo lo que hacía, y en ese gesto cotidiano había algo que a Bárbara le pareció de pronto frágil, aunque no hubiera podido explicar por qué. Su madre era el ser más sólido que conocía. Y sin embargo aquella mañana, por primera vez, Bárbara tuvo la sensación oscura e imprecisa de que la solidez de las cosas no era garantía de su permanencia.

Afuera, en la calle del Almendro, Francisca de Molina caminaba hacia la parroquia con algo girando en su cabeza que todavía no era una decisión pero que ya tenía la forma de una.

Capítulo 3

El novicio y su tormento

El convento de San Pablo el Real era el edificio más serio de Córdoba, y eso en una ciudad que no escaseaba en edificios serios era ya una distinción considerable. Sus muros de piedra oscura absorbían la luz en lugar de devolverla, sus ventanas eran estrechas como ojos entornados, y su torre cuadrada se alzaba sobre el barrio con la autoridad silenciosa de quien no necesita alzar la voz para hacerse obedecer. Dentro vivían cuarenta y tres frailes de la Orden de los Predicadores, tres novicios, dos legos y un número variable de estudiantes de teología que llegaban de otras ciudades y que el prior, Fray Gonzalo de Medina, administraba con la eficiencia metódica de un hombre que ha convertido la austeridad en una forma de excelencia.

Bernal de Andrade llevaba dieciocho meses en ese convento sin haber tomado aún los hábitos definitivos.

Tenía veintiún años y una inteligencia teológica que sus superiores reconocían con la satisfacción de quien ha encontrado un instrumento de calidad. Sabía latín con soltura, conocía a Tomás de Aquino con la familiaridad de quien ha discutido con él en privado, y tenía para el argumento escolástico una aptitud natural que el prior describía en sus informes como disposición para la defensa de la fe, que era la manera correcta de nombrar, en el lenguaje de la orden, lo que en términos más mundanos hubiera sido simplemente la capacidad de ganar una discusión. Era alto, de complexión enjuta, de cara angulosa con unos ojos oscuros que en la capilla, durante las horas de oración, adquirían esa expresión de concentración interior que los frailes mayores interpretaban como señal de vocación auténtica.

Lo que esos ojos expresaban durante las horas que Bernal pasaba solo en su celda era algo distinto, aunque nadie lo sabía porque nadie lo veía.

Había conocido a Bárbara Salazar cuatro meses antes, en el mercado del Potro, en una mañana en que el prior lo había enviado a comprar cera para los cirios de la capilla. Fue un encuentro de treinta segundos en el que ella no lo miró y él no pudo dejar de mirarla. Eso era todo lo que había ocurrido en el plano de los hechos. En el plano interior, en ese territorio sin jurisdicción donde viven las cosas que no hemos elegido sentir, aquellos treinta segundos habían inaugurado una guerra que Bernal llevaba cuatro meses librando con todas las armas que la teología le proporcionaba y perdiendo con una regularidad que empezaba a parecerle, en sus momentos más lúcidos, una señal de algo que prefería no nombrar.

Llevaba un diario espiritual, que era práctica habitual entre los novicios de la orden, un cuaderno de páginas gruesas donde se suponía que debía registrar el progreso de su alma hacia la virtud, las tentaciones vencidas, los avances en la oración contemplativa, los momentos de gracia. Lo que en realidad registraba, en una letra apretada y llena de tachaduras, era el combate.

Había entradas que comenzaban con el propósito firme de no volver a pensar en ella y que terminaban, diez líneas después, describiendo el color exacto de sus ojos, que eran de un castaño oscuro con algo dorado en el centro que solo se veía con la luz de frente. Había páginas donde la argumentación teológica sobre la naturaleza de la tentación se mezclaba sin solución de continuidad con el recuerdo de sus manos negociando hierbas en el mercado, de su voz cuando hablaba con la anciana vendedora, de su manera de caminar que no era la manera en que se supone que deben caminar las mujeres sino la manera de alguien que sabe adónde va y no necesita que nadie se lo confirme.

La confesión semanal con Fray Gonzalo era el territorio donde Bernal ejercía su mayor esfuerzo de contención. El prior lo recibía en la sala pequeña que usaba para ese efecto, una habitación sin ventanas con un crucifijo grande en la pared y dos sillas de madera sin adorno, y escuchaba con la paciencia profesional de quien ha oído todo lo que un alma humana puede producir y ya no se sorprende de nada.

—He tenido pensamientos contrarios a la castidad —dijo Bernal una tarde de septiembre, con los ojos fijos en el suelo de piedra.

Fray Gonzalo guardó un silencio breve que era parte del método.

—¿Con frecuencia?

—Con más frecuencia de la que quisiera, padre.

—¿Son pensamientos abstractos o tienen objeto concreto?

Bernal dudó el tiempo exacto que podía dudar sin que la duda se volviera elocuente.

—Abstractos —dijo.

Fray Gonzalo asintió con la calma de quien acepta la respuesta sin necesariamente creerla del todo.

—La tentación de la carne es la más común entre los hombres jóvenes que abrazan la vida religiosa —dijo—. No es señal de debilidad sino de humanidad. Lo que distingue al hombre virtuoso no es la ausencia de la tentación sino la firmeza con que la enfrenta. ¿Rezas el rosario completo antes de dormir?

—Sí, padre.

—Añade una hora de oración meditativa al amanecer. El alma en reposo es más vulnerable que el alma ocupada.

—Sí, padre.

—Bien. Ego te absolvo.

Bernal salió de la sala con la absolución y sin el alivio que se supone que debe acompañarla, porque el alivio requiere honestidad y él había sido, en lo esencial, deshonesto. No había mentido en lo que dijo, pero había callado lo que no dijo, y en el universo moral que habitaba esa distinción era más fina de lo que resultaba cómodo admitir.

Fue en el segundo mes cuando descubrió que Bárbara tenía pretendiente.

Lo supo durante la cena del convento, en una noche de octubre en que el viento del norte traía el primer frío del otoño y los frailes comían en silencio mientras un novicio leía en voz alta desde el púlpito un pasaje de las Confesiones de San Agustín. El fraile lego Hermano Cipriano, que hacía recados en el barrio de San Andrés y que tenía la costumbre de compensar sus votos de silencio durante el día con una locuacidad moderada durante las cenas, esperó a que el prior se retirara para

inclinarse hacia el fraile que tenía a su izquierda y decir en voz baja lo que había visto aquella mañana.

Bernal estaba tres asientos más allá y escuchó sin aparentarlo.

—El hijo menor de los Aguilar —decía el Hermano Cipriano—, ese que volvió de Salamanca hace unas semanas, lo vi esta mañana en el mercado del Potro hablando con la hija de la curandera de San Andrés. Y no era la primera vez, según dicen. Llevan ya varios días con ese trato.

—¿La hija de doña Salazar? —dijo el fraile de al lado.

—La misma. Muchacha lista, dicen, pero de origen dudoso por parte de madre.

El fraile de al lado hizo un sonido que era a la vez comentario y advertencia, y el Hermano Cipriano se encogió de hombros con la indiferencia del que ha transmitido una información sin mayor propósito que el de transmitirla, y volvió a su escudilla.

Bernal terminó de comer sin probar lo que tenía en el plato.

Aquella noche escribió en su diario cuatro páginas que comenzaban con un análisis teológico de la envidia y que terminaban en algo que ya no era análisis sino confesión sin destinatario: que lo que sentía no era exactamente tristeza por el bien ajeno sino algo más oscuro y más complicado, una mezcla de celos y de impotencia y de rabia contra sí mismo y contra el muchacho de los Aguilar que podía ir al mercado del Potro sin que nadie le pidiera cuentas.

En el tercer mes comenzó a observar.

Cuando el prior lo enviaba a hacer recados en el barrio de San Andrés, Bernal tomaba siempre el camino que pasaba por la calle del Almendro. A veces no veía nada. A veces veía entrar o salir a Isabel Salazar con su bolsa de curandera. Una vez vio a Bárbara en la ventana del piso alto, leyendo, con la luz de la tarde poniéndole en el perfil algo que tardó tres días en nombrar en su diario.

Fue también en el tercer mes cuando vio por primera vez a Bernardo de Aguilar hablar con Bárbara en el mercado, no de lejos sino cerca, con esa facilidad de quien ya tiene confianza o está construyéndola. Bernal se detuvo en el puesto de especias contiguo y fingió examinar unos tarros de pimienta mientras los observaba. El tendero, un moro viejo de pocas palabras, lo miró con la indiferencia de quien ya no espera que la gente haga lo que dice que va a hacer.

—¿Va a comprar algo el hermano o solo va a mirar? —dijo el tendero, sin levantar los ojos de su balanza.

—Pimienta —dijo Bernal, sin haber pensado en la pimienta hasta ese momento—. Media onza.

El tendero pesó en silencio. Bernal pagó sin regatear, que era algo que un fraile no debería hacer de todas formas, y se quedó aún un momento

con el pequeño paquete en la mano mirando de reojo hacia el puesto de hierbas donde Bárbara respondía a algo que Bernardo de Aguilar le había dicho, y lo hacía con algo que Bernal identificó con la precisión dolorosa de quien tiene demasiado tiempo para observar lo que no debería observar, como interés genuino.

—¿Algo más? —dijo el tendero.

—No —dijo Bernal, y se marchó.

Aquella noche no escribió en el diario. Se quedó sentado en su celda con el cuaderno cerrado sobre las rodillas y pensó durante horas. El plan no llegó de golpe sino con esa lentitud de las ideas que uno alimenta sin querer admitir que las está alimentando. En su forma más honesta, era esto: si Isabel Salazar era denunciada ante el Santo Oficio y el proceso resultaba en su condena, Bárbara quedaría sola y desamparada, sin madre y sin recursos suficientes, y en esa situación un fraile de la orden podría acercarse a ella con el pretexto legítimo de la asistencia espiritual. Podría ser su guía, su protector, su sostén en la desgracia.

No quería hacerle daño a Bárbara. Eso se lo repetía a sí mismo con una insistencia que era ya en sí misma sospechosa. Solo quería apartar el obstáculo, que era su madre, y la comodidad que esa madre le daba y que la hacía independiente de cualquier tipo de ayuda exterior. Sin ese sostén la muchacha necesitaría a alguien. Y él estaría allí.

Lo que necesitaba eran testimonios. No fabricados sino orientados, que era una distinción en la que Bernal ponía mucho cuidado porque le permitía convivir con lo que estaba planeando sin llamarlo por su nombre verdadero. Conocía al panadero Alonso Ruiz, que había perdido a su mujer después de un remedio de Isabel Salazar y que en su dolor había convertido ese remedio en causa de la muerte. Conocía al sepulturero Matías Perdomo, hombre resentido que encontraba en el agravio ajeno una forma de aliviar el propio peso. Y conocía a Francisca de Molina, la beata de la parroquia, que ya tenía sus propias sospechas sobre Isabel Salazar y que solo necesitaba que alguien las confirmara desde fuera para convertirlas en certezas.

No haría las denuncias él mismo. Las haría crecer en otros, como se cultiva un campo: sembrando en el momento adecuado, regando con paciencia, y esperando que la tierra hiciera el resto.

Tres días después, con el pretexto de entregar un recado del prior a la parroquia de San Andrés, Bernal pasó por la tahona de Alonso Ruiz a comprar pan. El panadero lo atendió con la cortesía automática que reservaba para los frailes, que eran clientes regulares y pagadores puntuales.

—Dios os guarde, hermano —dijo Alonso, envolviendo el pan en un paño.

—Y a vos —dijo Bernal—. ¿Cómo va el ánimo, buen Alonso? Supe de la pérdida de vuestra esposa. Lo lamento con sinceridad.

El panadero bajó las manos y su expresión cambió con la rapidez de los hombres que llevan el duelo cerca de la superficie.

—Se va llevando, hermano. Se va llevando. Aunque hay días en que la rabia puede más que el consuelo.

—La rabia es comprensible —dijo Bernal, con la voz suave del que ha aprendido a escuchar como instrumento—. Sobre todo cuando uno siente que hubo negligencia de por medio.

Alonso lo miró.

—¿Qué queréis decir?

—Nada que no sepáis vos mejor que yo —dijo Bernal, con una modestia perfectamente calculada—. La gente del barrio habla. Dicen que el último remedio que le dieron a vuestra esposa no era de los que usa la medicina cristiana.

El panadero apretó el paño entre las manos.

—Yo no sé de medicinas —dijo, con una lentitud que era el sonido de algo que se asienta en un lugar donde antes había solo dolor sin forma.

—Claro que no —dijo Bernal—. Por eso os lo digo. Para que lo sepáis. Para que si alguna vez alguien os pregunta, tengáis claro lo que visteis.

Pagó el pan, se despidió con una inclinación, y salió a la calle con el paso tranquilo del que acaba de hacer una compra y nada más.

La noche en que depositó la denuncia anónima en el buzón de la iglesia de San Pablo, Bernal de Andrade durmió con una tranquilidad que confundió con paz de conciencia y que era, en realidad, el alivio de quien ha dejado de luchar consigo mismo porque ha elegido un bando, aunque ese bando sea el equivocado.

No escribió nada en el diario aquella noche. Había cosas que ni siquiera él podía nombrarse.

Capítulo 4

Lo que se siembra en el mercado

Bernal de Andrade era paciente cuando la situación lo requería, y la situación lo requería ahora con una precisión que él reconocía como providencial, aunque hubiera sido incapaz de explicar ante quién exactamente invocaba esa providencia. La conversación con Alonso Ruiz había sido solo el primer surco abierto en la tierra. Quedaban dos más, y cada uno exigía un método diferente porque cada hombre es un campo distinto y el buen sembrador no usa la misma herramienta para todos los suelos.

Matías Perdomo era el sepulturero del cementerio de San Andrés, un hombre de cincuenta y tres años que había llegado a ese oficio no por vocación sino por la acumulación de fracasos en otros oficios que lo

habían ido empujando hacia el único trabajo que nadie disputa porque nadie lo quiere. Era delgado, de color cetrino, con unas manos que tenían la particularidad de parecer siempre húmedas aunque estuvieran secas, y con la mirada oblicua de quien ha aprendido que mirar de frente a la gente suele traer complicaciones. Tenía deudas con un prestamista del barrio de la Magdalena, deudas que llevaba años refinanciando y que habían crecido con los intereses hasta convertirse en una presencia constante y sorda en su vida, como un dolor de muelas que nunca termina de estallar pero tampoco deja de molestar.

Bernal lo encontró una tarde de martes en la taberna de la calle Armas, donde Matías bebía su vino cotidiano con la seriedad de quien cumple una obligación.

—Sepulturero —dijo Bernal, sentándose frente a él sin pedir permiso, que era una manera de establecer desde el principio que la conversación era de él y no de los dos—. Hace tiempo que quería hablar con vos.

Matías lo miró con la desconfianza automática que le producían los frailes, que en su experiencia nunca se sentaban frente a uno en una taberna sin querer algo que no iba a resultar cómodo dar.

—Hablar es gratis —dijo.

—Lo es —dijo Bernal—. Y lo que tengo que decir también. Aunque lo que vos podáis decirme a mí podría valer algo más que eso.

El sepulturero dejó el vaso sobre la mesa con una lentitud calculada.

—¿Qué queréis?

—Que me contéis lo que sabéis de doña Salazar, la curandera de la calle del Almendro.

—No sé nada de esa mujer.

—Vos enterráis a los muertos del barrio —dijo Bernal, con una calma que no era afable sino precisa—. Y algunos de esos muertos han pasado por las manos de doña Salazar antes de llegar a las vuestras. Eso ya es saber algo.

Matías guardó silencio un momento. En ese silencio Bernal leyó lo que había ido a buscar: no inocencia sino cálculo, el cálculo de un hombre que sopesa cuánto le puede costar hablar y cuánto le puede costar no hacerlo.

—He enterrado a gente que ella atendió —dijo Matías al fin—. Como he enterrado a gente que atendieron los médicos de los ricos. Los médicos cobran más y los resultados son los mismos.

—¿Y nunca os pareció extraño alguno de esos casos?

—Todos los muertos me parecen extraños, hermano. Es la naturaleza del oficio.

—Me refiero a otra cosa —dijo Bernal, inclinándose levemente hacia adelante—. A cosas que no tienen explicación natural. A remedios que ningún cristiano viejo reconocería como propios. A prácticas que vienen de otro lado, de tradiciones que la iglesia no aprueba.

El sepulturero lo miró durante un momento largo. Luego bebió un trago largo de su vino.

—He oído cosas —dijo, con una vaguedad que era ya en sí misma una forma de colaboración.

—Eso es todo lo que necesito saber —dijo Bernal—. Que las habéis oído. Y que si alguien con autoridad os preguntara, seríais capaz de decirlo con claridad.

—¿Quién va a preguntar?

—Quizás nadie —dijo Bernal, poniéndose de pie—. Quizás alguien. En cualquier caso, quien diga la verdad sobre lo que ha visto y oído no tiene nada que temer. La justicia protege a los testigos que hablan con honradez.

Dejó sobre la mesa una moneda que no era suficiente para saldar ninguna deuda pero que era suficiente para pagar el vino de aquella tarde y quizás el de la siguiente, y se marchó sin esperar respuesta porque la respuesta ya la tenía en los ojos del sepulturero desde antes de levantarse.

Con Francisca de Molina el método fue diferente porque Francisca era diferente. No había en ella ni el dolor sin forma de Alonso Ruiz ni el resentimiento calculador de Matías Perdomo. Había algo más difícil de manejar y al mismo tiempo más fácil de usar: había convicción. Francisca creía genuinamente que el mundo estaba lleno de peligros espirituales que la mayoría de la gente no sabía ver, y que su función en ese mundo era verlos y señalarlos, y que señalarlos no era delatar sino proteger. Bernal la conocía bien porque era el tipo de alma que frecuentaba los conventos con la regularidad de las flores que vuelven cada primavera, siempre con alguna inquietud que depositar, siempre con algún nombre en los labios que pronunciaba con la expresión de quien cumple un deber doloroso.

La encontró a la salida de la misa de tercia, en el atrio de la parroquia de San Andrés, donde ella solía quedarse un rato después del oficio con otras dos o tres mujeres de su misma condición y sus mismas certezas. Bernal esperó a que las demás se dispersaran y se acercó con la expresión pastoral que había aprendido a componer para esas ocasiones.

—Francisca —dijo—, me alegra encontraros. Quería preguntaros algo que me tiene con el ánimo inquieto.

Ella se volvió hacia él con la atención inmediata de quien lleva años esperando que alguien le pregunte algo importante.

—Decid, hermano.

—En mi ministerio por el barrio he escuchado comentarios sobre una mujer de esta parroquia. Una curandera. No quiero hacer juicios que no me corresponden, pero me pregunto si vos, que conocéis bien a la feligresía, habéis notado algo que pudiera dar fundamento a esas habladurías o desmentirlas.

Francisca apretó el rosario que llevaba entre los dedos con una fuerza que era la fuerza de alguien que lleva tiempo queriendo decir algo y por fin tiene la ocasión correcta.

—¿Habláis de doña Salazar?

—No quiero nombrar a nadie —dijo Bernal, con una modestia impecable.

—Pues yo sí lo nombro —dijo Francisca, y en su voz había algo que era casi alivio—. Llevo meses con el alma intranquila por esa mujer y sus prácticas. He visto cosas, hermano. He visto entrar en su casa a gente que sale con remedios que ningún médico cristiano conoce. He visto a su hija leer libros que no son el catecismo ni las escrituras. Y he escuchado, con estos oídos que Dios me dio, palabras en su patio que no eran oraciones de ninguna lengua que yo reconozca.

—Eso es grave —dijo Bernal, con la gravedad justa, ni más ni menos.

—Gravísimo —dijo Francisca—. Y nadie quiere escucharme. La gente del barrio la aprecia porque los atiende cuando están enfermos, como si eso fuera razón suficiente para cerrar los ojos a lo demás.

—La caridad no excusa la herejía —dijo Bernal.

—Exactamente eso —dijo Francisca, señalándolo con el rosario como quien señala una verdad que ha estado esperando que alguien la pronunciara—. Exactamente eso es lo que yo digo.

—Si tuvierais que poner por escrito lo que habéis visto y oído —dijo Bernal, con una suavidad que no era dulzura sino técnica—, ¿podríais hacerlo con claridad y sin exageración?

—Puedo decir lo que vi —dijo Francisca—. Ni más ni menos. Eso es lo que la conciencia manda.

—Eso es todo lo que la justicia pide —dijo Bernal.

Se despidió con una bendición breve y echó a andar por la calle con el paso tranquilo del que ha terminado el trabajo de la mañana y puede pensar en el almuerzo. Los tres estaban sembrados. Alonso Ruiz con su dolor convertido en sospecha, Matías Perdomo con su resentimiento convertido en testimonio disponible, Francisca de Molina con su convicción convertida en denuncia en espera de papel y tinta.

Ninguno de los tres sabía que los otros dos existían. Ninguno de los tres sabía que lo que cada uno creía haber decidido por su propia cuenta había sido, en realidad, cosechado por la misma mano. Esa ignorancia era la parte del plan de la que Bernal se sentía más satisfecho, porque

era la parte que lo protegía mejor: tres voces independientes que decían cosas parecidas tenían más peso que tres voces que se hubieran puesto de acuerdo, y la independencia de esas voces era perfectamente real aunque su origen fuera el mismo.

La denuncia anónima la redactó en su celda, aquella misma noche, con la letra inclinada hacia la derecha que usaba cuando quería que su escritura no fuera reconocida como la suya. Era un documento breve y cuidadoso que no afirmaba nada que no pudiera ser respaldado por al menos uno de los tres testigos, que no usaba palabras que sonaran a fabricación sino palabras que sonaban a preocupación sincera de un fiel cristiano que no podía callar lo que su conciencia le dictaba comunicar. Mencionaba prácticas de curandería de origen dudoso, posible uso de textos no autorizados por la iglesia, y la presencia en el barrio de personas que frecuentaban la casa con propósitos que no eran de naturaleza religiosa conocida. No mencionaba a Bárbara. Solo a Isabel Salazar.

Cuando terminó de escribirla la leyó dos veces, hizo una corrección menor en el tercer párrafo, y la dobló en cuatro con el cuidado de quien dobla algo que ha costado trabajo producir. Luego la guardó bajo el jergón y apagó la vela.

En la oscuridad de la celda, con el olor a cera apagada flotando en el aire quieto, Bernal pensó en Bárbara Salazar. Pensó en sus ojos castaños con el dorado en el centro y en sus manos que sabían lo que hacían y en su manera de caminar que no pedía permiso a nadie. Pensó que en unos días todo eso cambiaría, y que el cambio, aunque doloroso para ella, abriría una puerta que ahora estaba cerrada.

No durmió de inmediato. Pero cuando el sueño llegó, llegó sin sobresaltos, que era lo más parecido a la paz que Bernal de Andrade había conocido en varios meses.

A la mañana siguiente, antes de laudes, depositó el papel doblado en el buzón de la puerta lateral de la iglesia de San Pablo, con el gesto rápido y sin ceremonia de quien ha tomado una decisión y no necesita dramatizarla. Luego entró al oficio de la mañana y rezó con la concentración de siempre, que era mucha, y con la conciencia tranquila de siempre, que aquella mañana era una mentira que él mismo había terminado de creerse.

Afuera, en la calle todavía oscura, el papel esperaba dentro del buzón de hierro con la paciencia de las cosas inanimadas que no saben el daño que van a hacer.

Capítulo 5

El Santo Oficio recibe

La sede del Santo Oficio de la Inquisición en Córdoba ocupaba un edificio de piedra en la calle que bordeaba la iglesia de San Pablo por el lado norte, un edificio que había pertenecido antes a una familia conversa cuyos bienes habían sido confiscados en el primer año de funcionamiento del tribunal y que ahora albergaba, en sus distintas plantas, las salas de audiencia, los despachos de los calificadores y el fiscal, los archivos donde se guardaban los procesos en legajos ordenados con una meticulosidad que contrastaba con la naturaleza de su contenido, y en el sótano, accesible por una escalera angosta que olía a humedad y a piedra vieja, las celdas donde los acusados esperaban el desarrollo de su proceso en un aislamiento que era parte del método tanto como los interrogatorios.

Fray Diego Rodríguez Lucero recibía las denuncias los martes y los jueves por la mañana, sentado a una mesa grande de roble en la sala principal del primer piso, con su secretario a la derecha y el fiscal a la izquierda, y con la expresión de un hombre que ha encontrado en su trabajo la perfecta coincidencia entre el deber y la vocación. Era un hombre de cuarenta y siete años, de complexión austera que parecía haber sido diseñada específicamente para el hábito dominico, de frente alta y ojos claros que tenían la particularidad de mirar a la gente con una atención tan completa que muchos la confundían con benevolencia cuando era en realidad otra cosa: era el escrutinio del que busca lo que no se ve a simple vista porque está convencido de que siempre hay algo que no se ve a simple vista.

No era un hombre cruel en el sentido que la palabra tiene cuando se aplica a quien disfruta del sufrimiento ajeno. Era algo más complicado y, en cierto modo, más peligroso: era un hombre que creía con absoluta sinceridad en la justicia de lo que hacía, y esa creencia lo hacía impermeable a la duda de una manera que ninguna maldad consciente hubiera podido igualar. Los malvados tienen momentos de vacilación. Los convencidos, no.

La denuncia contra Isabel Salazar llegó un jueves de noviembre, mezclada entre otras doce que el secretario había recogido del buzón aquella mañana y clasificado según su naturaleza antes de presentarlas al inquisidor. Era un papel doblado en cuatro, escrito con letra inclinada y cuidadosa, sin firma, que el secretario leyó en voz alta con el tono neutro que usaba para todas las lecturas, como si el contenido no le afectara en nada, que era probablemente verdad.

—Denuncia anónima contra Isabel Salazar, curandera del barrio de San Andrés —leyó—. Se le imputan prácticas de curandería de origen dudoso, posible uso de textos no autorizados por la iglesia, y la frecuencia en su domicilio de personas cuyo propósito no es de naturaleza religiosa conocida.

Lucero escuchó con los dedos cruzados sobre la mesa.

—¿Testimonios? —preguntó.

—La denuncia menciona tres posibles testigos del barrio —dijo el secretario—. No los identifica por nombre pero describe sus oficios: un panadero, un sepulturero y una mujer devota de la parroquia.

—¿Conocemos a esta Salazar?

El fiscal, un hombre joven de nombre Fray Alonso de Castro que llevaba dos años en el cargo y que tenía la ambición ordenada de quien sabe que el ascenso en su institución depende de los procesos que abre y de cómo los resuelve, consultó un registro que tenía ante él.

—No hay proceso previo contra ella —dijo—. Pero hay una nota marginal en el registro del año pasado. Alguien consultó sobre ella hace unos meses sin llegar a formalizar denuncia.

—¿Origen? —dijo Lucero.

—Conversa por línea materna —dijo el fiscal—. Segunda generación. El padre era cristiano viejo de Jaén.

Lucero asintió con la lentitud de quien procesa información y la incorpora a un cuadro más amplio que solo él ve completo.

—Cítenme a los testigos —dijo—. Por separado y sin que sepan que los otros han sido citados. Quiero escuchar las tres versiones antes de decidir si hay materia suficiente para abrir proceso formal.

El secretario tomó nota. El fiscal hizo una marca en su registro. La mañana continuó con las otras once denuncias, que incluían un caso de blasfemia en una taberna, una acusación de judaísmo contra un mercader de telas, y una denuncia de bigamia que el inquisidor desestimó de inmediato por carecer de fundamento verificable.

Los tres testigos fueron citados en días distintos de la semana siguiente. Alonso Ruiz llegó el lunes con el sombrero en la mano y la expresión del hombre que ha sido convocado por una autoridad que respeta y teme en igual medida. Habló durante veinte minutos con el fiscal, repitiendo con variaciones lo que le había dicho a Bernal en la tahona, añadiendo detalles que en su memoria habían ido adquiriendo la consistencia de los recuerdos verdaderos aunque en su origen fueran solo suposiciones alimentadas por el dolor. Matías Perdomo llegó el miércoles con las manos húmedas de siempre y una vaguedad estratégica en sus declaraciones que el fiscal tuvo que ir precisando con preguntas, hasta que el sepulturero, sintiéndose acorralado por la lógica del interrogatorio, terminó afirmando cosas más concretas de las que había planeado afirmar. Francisca de Molina llegó el viernes con el rosario en la mano y una elocuencia que no necesitó ninguna pregunta para desplegarse: habló sin parar durante cuarenta minutos, con el orden y la precisión de quien lleva meses organizando en su cabeza lo que va a decir cuando llegue el momento, y el fiscal tomó notas con la velocidad de quien no quiere perder ningún detalle.

Cuando los tres testimonios estuvieron sobre la mesa de Lucero, el inquisidor los leyó con la atención meticulosa que ponía en todo, señalando con un estilete de plata los pasajes que consideraba relevantes y anotando al margen con letra minúscula sus propias observaciones.

Había coincidencias entre los tres relatos que no podían ser casuales, o eso parecía. Los tres mencionaban remedios de origen incierto. Los dos que habían estado en la casa, Francisca y el sepulturero, mencionaban la presencia de objetos y libros que no correspondían a una casa cristiana ordinaria. El panadero aportaba el caso concreto de su mujer, que era el único elemento verificable aunque su verificación fuera imposible a estas alturas.

—¿Suficiente para la detención? —preguntó el fiscal.

Lucero dejó el estilete sobre la mesa.

—Suficiente para el auto de detención —dijo—. Que se ejecute mañana al amanecer, antes de que el barrio esté despierto. Y que se registre la casa con cuidado. Quiero saber qué hay en esa casa.

Esa misma tarde, Sebastián Morales supo lo que se había decidido.

Lo supo por el camino que tenía, que era el camino de los que viven entre dos mundos y han aprendido a moverse en los márgenes de ambos sin que ninguno los vea del todo. Un conocido que trabajaba en los establos del edificio del Santo Oficio, hombre de pocos escrúpulos y necesidades regulares que Sebastián satisfacía con una discreción que nunca había fallado, le pasó la información en el mercado con la naturalidad de quien comenta el tiempo.

—Mañana al alba —dijo el conocido, sin detenerse—. La curandera de San Andrés.

Sebastián no cambió el paso ni la expresión. Compró lo que había ido a comprar y regresó a la casa de los Aguilar con la bolsa de especias en una mano y la noticia en la cabeza, sopesando durante el camino cómo y cuándo decírsela a Bernardo.

Lo encontró en el patio interior, sentado en el banco de piedra junto a la fuente con un libro abierto sobre las rodillas que no estaba leyendo porque tenía los ojos fijos en el agua con la expresión de alguien que está pensando en otra cosa.

—Hay algo que debéis saber —dijo Sebastián, sentándose en el otro extremo del banco.

Bernardo lo miró.

—Decidme.

—Mañana al alba detienen a Isabel Salazar. La curandera de la calle del Almendro.

Hubo un silencio breve en el que el único sonido era el agua de la fuente cayendo sobre la piedra con su paciencia de siempre.

—¿Quién lo dice? —preguntó Bernardo, con una voz que había cambiado de registro sin que él lo hubiera decidido conscientemente.

—Alguien que sabe lo que ocurre en ese edificio antes de que ocurra —dijo Sebastián—. No me preguntéis más sobre eso.

Bernardo cerró el libro sin marcar la página. Se quedó quieto un momento con las manos sobre la cubierta, mirando el agua.

—¿Bárbara lo sabe?

—No creo.

—Voy a verla.

Sebastián no dijo nada durante un momento. Luego dijo, con la voz tranquila del que dice una cosa por última vez antes de dejar de decirla:

—Señor. Lo que vais a hacer, si es que vais a hacer algo, tiene que pensarse bien antes de hacerse. No estamos hablando de un asunto de familia ni de un pleito de lindes. Estamos hablando del Santo Oficio.

—Lo sé —dijo Bernardo.

—¿Y aun así?

Bernardo se levantó del banco y entró en la casa sin responder, que era su manera de responder que sí.

Sebastián se quedó sentado junto a la fuente un momento más, mirando el agua con la expresión de un hombre que ya sabe cómo va a terminar esto aunque no sepa todavía los detalles, y que ha decidido, por razones que tienen más que ver con quién es él que con ningún cálculo, que va a estar presente cuando termine.

Luego se levantó y fue a preparar los caballos, porque si el señor iba a salir aquella tarde más valía que los caballos estuvieran listos.

Capítulo 6

Los manuscritos

Bárbara supo lo que había ocurrido antes de que nadie se lo dijera.

Lo supo porque amaneció y su madre no estaba, y en diecinueve años de vida compartida en la casa de la calle del Almendro nunca había amanecido sin que Isabel Salazar estuviera ya en la cocina con el fuego encendido y el agua calentando para la infusión de la mañana. Ese orden era tan constante como el sol, y cuando el sol falta en un día de verano uno sabe que algo grave ha ocurrido antes de buscar una explicación.

Bajó las escaleras descalza y encontró la puerta de la calle entreabierta y el patio trasero vacío y la cocina fría. Salió a la calle y la vecina de enfrente, una mujer de nombre Remedios que llevaba años mirando la

casa de las Salazar con una mezcla de curiosidad y recelo, la estaba esperando en su propio umbral con la expresión de quien tiene una noticia que le pesa y al mismo tiempo le produce cierta satisfacción que no quiere mostrar del todo.

—Se la llevaron al alba —dijo Remedios—. Los alguaciles del Santo Oficio. Cuatro hombres con el distintivo de la orden.

Bárbara no respondió. Se quedó en el umbral de su puerta con los pies descalzos sobre las piedras frías de la calle y algo ocurriendo en su interior que no era todavía miedo sino el momento anterior al miedo, ese instante en que el cuerpo comprende lo que la mente todavía no ha terminado de procesar.

—¿Ella opuso resistencia? —preguntó.

—Ninguna —dijo Remedios—. Salió caminando. Con la cabeza alta.

Eso era lo más parecido a su madre que Bárbara podía imaginar, y por eso lo creyó de inmediato y por eso también le dolió de una manera específica, porque la imagen de Isabel Salazar saliendo con la cabeza alta hacia algo que la aterraba era la imagen más valiente y más solitaria que había visto en su vida aunque no hubiera estado presente para verla.

Entró en la casa y cerró la puerta.

Los alguaciles habían registrado antes de llevársela, eso era evidente. Los tarros de la repisa estaban descolocados, los cajones de la mesa abiertos, los libros que Isabel tenía en el piso alto esparcidos sobre el suelo con el desorden de quien busca algo concreto sin saber exactamente qué forma tiene. Bárbara recorrió la casa con la mirada de quien hace un inventario de daños, subiendo y bajando, abriendo y cerrando, hasta que llegó a la cocina y se detuvo frente a la chimenea.

La tabla del tercer tablón estaba levantada.

Se agachó y miró. El hueco estaba vacío. La tela encerada que envolvía los cuadernillos no estaba, los cuadernillos no estaban, el paño de lana que los cubría no estaba. Solo quedaba el olor a madera húmeda y a oscuridad de los lugares que han guardado algo durante mucho tiempo y de pronto han quedado vacíos.

Bárbara se sentó en el suelo de la cocina con la espalda contra la pared de la chimenea y las rodillas contra el pecho y permaneció así durante un tiempo que no supo medir. No lloraba. Tenía los ojos secos y la respiración regular y en la cabeza un silencio que no era calma sino la quietud de las cosas que están a punto de romperse.

Fue en ese estado como la encontró Bernardo de Aguilar cuando llegó media hora después y llamó a la aldaba sin respuesta y empujó la puerta que Bárbara había cerrado pero no echado el cerrojo porque en el estado en que estaba había olvidado hacerlo.

—Bárbara —dijo desde el umbral de la cocina.

Ella levantó los ojos. Lo miró durante un momento con la expresión de quien ha estado tan solo dentro de su propio dolor que la presencia de otro ser humano resulta casi sorprendente.

—Ya lo sabéis —dijo. No era una pregunta.

—Sebastián me lo dijo anoche —dijo Bernardo, entrando en la cocina y sentándose en el banco frente a ella—. Llegué tarde. Lo lamento.

—No hubierais podido hacer nada.

—No lo sé todavía.

Bárbara lo miró con una atención nueva, la atención de alguien que está calibrando si lo que escucha es consuelo vacío o algo de otra naturaleza.

—Encontraron los manuscritos —dijo—. Los que había bajo la tabla.

—¿Qué clase de manuscritos?

—Árabes. Textos de medicina. Los heredó mi madre de su madre, que los heredó de la suya. —Hizo una pausa breve—. No tienen nada de impío. Son tratados de materia médica. Pero están en árabe y vienen de una tradición que este tribunal no va a tomarse el trabajo de entender antes de condenarla.

Bernardo guardó silencio un momento. Cuando habló, lo hizo con la voz de alguien que está pensando en voz alta y no ha terminado de pensar.

—¿Cuánto tiempo llevan en esa casa?

—Décadas. Mi abuela los trajo de Granada cuando era joven.

—¿Alguien más sabía que existían?

—Nadie. —Bárbara dudó un instante—. Que yo sepa, nadie.

—Entonces los encontraron porque buscaban o porque los buscaron bien.

—¿Qué diferencia hay?

—Que si los buscaron bien es porque alguien les dijo que podía haber algo que buscar —dijo Bernardo—. Y eso significa que alguien que conocía la casa, o que conocía a vuestra madre lo suficiente para saber que guardaba cosas, habló antes de que llegaran los alguaciles.

Bárbara lo miró con una fijeza que era el comienzo de una pregunta que todavía no tenía forma.

—¿Estáis diciendo que hay alguien detrás de esto?

—Estoy diciendo que es posible —dijo Bernardo—. Una denuncia anónima respaldada por tres vecinos que en circunstancias normales no tendrían razón para ponerse de acuerdo. Eso no ocurre solo.

El silencio que siguió tenía una textura distinta al anterior. Era el silencio de dos personas que están mirando en la misma dirección aunque todavía no sepan exactamente qué están mirando.

Mientras tanto, en el edificio de la calle de San Pablo, los manuscritos habían llegado a manos del calificador encargado de evaluar su contenido, un fraile dominico de nombre Fray Sebastián de Huete que era el hombre más versado en lengua árabe de todo el tribunal de Córdoba y que había pasado quince años estudiando textos islámicos con el propósito declarado de combatirlos mejor, propósito que le había producido el efecto secundario no declarado de adquirir por ellos una fascinación erudita que mantenía en privado con el cuidado de las aficiones que no son convenientes en ciertos contextos.

Fray Sebastián de Huete tomó los tres cuadernillos, los examinó por fuera durante un momento con la atención del que reconoce lo que tiene en las manos antes de abrirlos, y luego los abrió y comenzó a leer con esa velocidad de los lectores verdaderos que no deletrean sino que absorben.

Media hora después fue al despacho del inquisidor.

—He examinado los manuscritos —dijo, poniéndolos sobre la mesa de Lucero.

—¿Y bien?

—Son tratados médicos —dijo Fray Sebastián—. Materia médica andalusí, probablemente del siglo XII. Descripción de plantas, preparación de remedios, diagnóstico de enfermedades comunes. No hay nada que pueda calificarse de herejía explícita. No hay invocaciones demoníacas, no hay rituales contrarios a la fe, no hay referencias a prácticas judaizantes o moriscas de naturaleza religiosa.

Lucero miró los cuadernillos sin tocarlos.

—¿Pero?

Fray Sebastián hizo una pausa que era la pausa del hombre honesto que tiene que decir algo que sabe que va a ser usado de una manera que no le agrada del todo.

—Pero su posesión es irregular —dijo—. Son textos en lengua árabe de origen musulmán, guardados en secreto en una casa de cristiana con antecedentes conversos. Aunque el contenido no sea herético, la situación en su conjunto presenta elementos que el tribunal puede considerar sospechosos.

—¿Los puede considerar prueba de judaísmo o de prácticas moriscas?

—De judaísmo, no —dijo Fray Sebastián, con una precisión que era su manera de resistir sin negarse—. De práctica morisca, tampoco directamente. Pero de pertenencia a una tradición cultural que la acusada no ha declarado y que contradice la imagen de cristiana ordinaria que su entorno presenta de ella, sí.

Lucero asintió.

—Eso es suficiente para mantener la detención y ampliar los cargos —dijo.

Fray Sebastián recogió los cuadernillos de la mesa con un gesto que era, si uno lo miraba con atención, levemente más cuidadoso de lo estrictamente necesario.

—¿Qué harán con ellos? —preguntó.

—Quedarán en el archivo del proceso —dijo Lucero—. Hasta que el proceso concluya.

Fray Sebastián asintió y salió del despacho con los cuadernillos bajo el brazo y la expresión de quien sabe que la conversación que acaba de tener va a tener consecuencias que él no puede controlar y que de alguna manera ya ha contribuido a que ocurran.

En la celda del sótano, Isabel Salazar llevaba ya horas sentada en el camastro de madera con la espalda recta y las manos sobre las rodillas. El carcelero de turno, un hombre joven que no la había mirado a los ojos en ningún momento desde que la había encerrado, le había traído un trozo de pan y un jarro de agua que ella había consumido sin apresurarse porque conservar las fuerzas era lo primero y lo primero era lo único en lo que podía pensar sin que el miedo la aplastara.

Pensaba en Bárbara. Pensaba en si alguien le habría dicho ya lo que había ocurrido y cómo lo habría recibido y qué estaría haciendo en ese momento. Conocía a su hija con la precisión de quien ha convivido con alguien desde su primer día de vida, y lo que conocía de Bárbara en situaciones de crisis era que el miedo en ella no tomaba la forma del llanto sino la forma de la acción, y esa forma de la acción, en una muchacha de diecinueve años sola en una ciudad donde el Santo Oficio acababa de llevarse a su madre, podía llevarla a hacer cosas que empeoraran todo.

Pidió papel y tinta al carcelero cuando este pasó por el corredor.

—No está permitido —dijo el carcelero, sin detenerse.

—Es una carta para mi hija —dijo Isabel—. Nada más.

El carcelero no respondió. Sus pasos se alejaron por el corredor de piedra y el silencio volvió a instalarse en la celda con la solidez de las cosas que llevan mucho tiempo en un lugar.

Isabel esperó. Luego pidió de nuevo cuando el carcelero volvió a pasar, y luego una vez más, con la paciencia de quien sabe que la persistencia tranquila consigue a veces lo que la urgencia no consigue. A la cuarta petición, el carcelero se detuvo frente a la reja, la miró por primera vez a los ojos con una expresión que no era exactamente compasión sino algo más tenue, el reconocimiento mínimo de que había un ser humano al otro lado de los barrotes, y dijo que lo pensaría.

No volvió con papel ni con tinta. Pero tampoco volvió a negar, que era ya una forma pequeña y precaria de esperanza, que era lo único que Isabel

Salazar tenía en ese momento además de su espalda recta y sus manos sobre las rodillas y la convicción de que su hija estaba bien porque tenía que estar bien porque no podía ser de otra manera.

Afuera, en la ciudad, el día seguía su curso con la indiferencia de los días que no saben lo que están rodeando.

Capítulo 7

El precio de un hombre

Sebastián Morales conocía Córdoba de una manera que Bernardo de Aguilar nunca conocería, no porque Bernardo fuera menos inteligente sino porque había partes de la ciudad que solo se conocen desde abajo, desde el nivel de los que no tienen escudo en la puerta ni nombre que abra puertas cerradas, desde el nivel de los que aprenden a moverse sin hacer ruido porque hacer ruido tiene consecuencias que los de arriba no imaginan. Sebastián había nacido en ese nivel y había permanecido en él aunque su vida al servicio de los Aguilar le hubiera dado cierta protección, porque la protección que da el servicio es siempre condicional y él lo sabía con la claridad del que no puede permitirse olvidarlo.

Fue Sebastián quien encontró a Pedro Cisneros.

No lo encontró de la nada sino a través de una cadena de conocidos que era el mapa invisible de la Córdoba que no aparece en ningún documento, la Córdoba de los que trabajan en los márgenes de las instituciones y saben lo que ocurre dentro de ellas antes de que salga por las puertas principales. Un conocido del mercado que conocía a un mozo de los establos del Santo Oficio que conocía a un carcelero que bebía los viernes en la taberna de la Puerta del Osario. Ese carcelero era Pedro Cisneros.

Bernardo lo escuchó todo aquella tarde en el patio de la casa, de pie junto a la fuente, con los brazos cruzados y la expresión de quien está calculando.

—¿Es hombre que puede comprarse? —preguntó.

—No con dinero —dijo Sebastián—. O no solo con dinero. Tiene una hija de doce años con una enfermedad del pecho que lleva dos años consumiéndola. Ha gastado lo que tenía en médicos que no han mejorado nada. Está desesperado de la manera en que se desespera la gente que ha agotado los recursos y sigue teniendo el problema.

Bernardo lo miró.

—¿Y si le conseguimos el médico adecuado?

—Eso es lo que estaba pensando —dijo Sebastián.

—¿Conoces alguno?

—Conozco a un hombre que estudió en Toledo y que sabe de enfermedades del pecho más que cualquier médico de esta ciudad. No es barato.

—El precio no importa —dijo Bernardo—. Organízalo. Pero quiero que Cisneros entienda desde el principio que el médico viene de mi parte. Que sepa quién está haciendo qué y por qué.

Sebastián asintió.

—¿Y si el médico no puede curar a la niña?

—Entonces habremos hecho lo que podíamos y no tendremos nada —dijo Bernardo—. Pero si no lo intentamos tampoco tendremos nada. Así que organízalo.

El médico se llamaba don Alonso Pacheco, era un hombre de sesenta años que había estudiado en Toledo y en Montpellier y que ejercía en Córdoba con la discreción de quien sabe que ciertos conocimientos es mejor tenerlos sin proclamarlos. Sebastián lo contactó, explicó el caso con los detalles que tenía, y tres días después don Alonso Pacheco se presentó en la casa de Pedro Cisneros, en una calle estrecha del barrio de Santiago, con su bolsa de médico y la expresión serena del que ha visto suficientes enfermedades para no dejarse desestabilizar por ninguna en particular.

La niña se llamaba Lucía. Era delgada con el tipo de delgadez que no es constitucional sino adquirida, de piel entre transparente, con unos ojos grandes que miraban al médico con la curiosidad de los niños que han estado enfermos mucho tiempo y han aprendido a leer en las caras de los adultos lo que estos no dicen en voz alta. Don Alonso la examinó durante media hora, le hizo preguntas que ella respondió con una seriedad que conmovió incluso al médico, que estaba acostumbrado a que los niños enfermos lo recibieran con llanto, y al final se volvió hacia Pedro Cisneros y le dijo lo que tenía que decirle.

—No es incurable —dijo—. Pero requiere un tratamiento largo y constante. Infusiones específicas dos veces al día, reposo suficiente, alimentación que fortalezca el pecho. Si se hace como debe hacerse, la niña mejorará. Si se interrumpe o se hace a medias, no puedo garantizar nada.

Pedro Cisneros escuchó con las manos apretadas sobre las rodillas. Era un hombre de cuarenta años, ancho de hombros, de cara curtida por el tipo de vida que curte las caras, con unas manos que eran en todo similares a las de un hombre acostumbrado al trabajo físico excepto en que en su caso el trabajo físico consistía en cerrar puertas sobre otros seres humanos, lo cual le había dado con los años una expresión que oscilaba entre la indiferencia y algo que quizás en otro contexto hubiera sido culpa.

—¿Cuánto cuesta el tratamiento? —preguntó.

—Está pagado —dijo don Alonso—. Y seguirá pagado mientras dure.

Cisneros lo miró.

—¿Por quién?

—Por alguien que quiere hablar con vos cuando la niña lleve tres semanas con el tratamiento y hayáis visto que funciona.

Cisneros tardó un momento en responder. Miró a su hija, que había cerrado los ojos con el agotamiento de los enfermos después de ser examinados, y luego miró al médico con la expresión de quien acaba de entender que una transacción que todavía no conoce del todo ya ha comenzado.

—Está bien —dijo.

Las tres semanas pasaron. Lucía mejoró con la regularidad esperanzadora de quien responde bien a un tratamiento que nadie le había dado antes porque nadie había sabido cuál era. El color volvió a sus mejillas con la lentitud de las cosas que vuelven después de haber estado ausentes mucho tiempo, y la tos que la despertaba por las noches fue espaciándose hasta convertirse en algo que seguía presente pero ya no dominaba todo lo demás.

Fue entonces cuando Sebastián llevó a Bernardo a la taberna de la Puerta del Osario un viernes por la noche.

Pedro Cisneros los estaba esperando en una mesa del fondo, con un jarro de vino que no había tocado, lo cual era en sí mismo una señal de que consideraba la conversación seria. Miró a Bernardo con la atención directa del hombre que evalúa a otro hombre antes de decidir si puede fiarse de él.

—Sois el de los Aguilar —dijo.

—Soy Bernardo de Aguilar —dijo Bernardo, sentándose frente a él—. Y vos sois el hombre cuya hija está mejorando.

—Está mejorando —dijo Cisneros—. Sí. —Hizo una pausa—. Quiero saber qué queréis antes de decidir nada.

—Quiero que me escuchéis —dijo Bernardo—. Y quiero que lo que os diga esta noche no salga de esta mesa independientemente de lo que decidáis.

Cisneros consideró esto durante un momento.

—Hablad —dijo.

Bernardo habló. Le explicó la situación con la claridad de quien ha pensado muchas veces cómo decir algo difícil y ha decidido que la manera más eficaz de decirlo es sin adornos. Le habló de Isabel Salazar, de quién era y de lo que hacía y de por qué estaba en esa celda. Le habló de la denuncia anónima y de los tres testigos y de la sospecha que tenía de que todo aquello había sido fabricado con un propósito que no

era la defensa de la fe sino la satisfacción de un deseo personal. Le habló de Bárbara.

Cisneros escuchó sin interrumpir. Era el tipo de oyente que no necesita señales de que está escuchando porque su atención es completa y visible.

Cuando Bernardo terminó, Cisneros bebió un trago de su vino y permaneció en silencio durante un tiempo que se hizo largo.

—¿Qué es lo que necesitáis exactamente? —dijo al fin.

—Hay en las celdas del Santo Oficio, según me han informado, un hombre que murió de fiebres hace unos días y cuya muerte no ha sido registrada todavía en el libro del carcelero —dijo Bernardo, con la misma voz llana de antes—. Un hombre sin familia conocida cuyo cuerpo está en una celda contigua a la de Isabel Salazar. Lo que necesito es que ese cuerpo no sea registrado hasta la noche anterior al auto de fe. Y que esa noche, en lugar de Isabel Salazar, sea ese cuerpo el que ocupe su celda.

Cisneros lo miró fijamente.

—Sabéis lo que me estáis pidiendo.

—Lo sé.

—Si se descubre, no hay linaje que me salve.

—Si se descubre, tampoco hay linaje que me salve a mí —dijo Bernardo —. Estamos en el mismo riesgo.

—No es el mismo riesgo —dijo Cisneros, con una precisión que era también una forma de honestidad—. Vos tenéis un nombre. Yo tengo una hija enferma y nada más.

Bernardo no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, lo hizo mirando a Cisneros directamente.

—Tenéis razón —dijo—. No es el mismo riesgo. Y si me decís que no, lo entenderé y el médico seguirá viniendo a ver a Lucía de todas formas porque eso no estaba condicionado a esta conversación. Os lo digo para que lo sepáis.

Cisneros lo miró durante un momento largo. Luego miró a Sebastián, que había estado en silencio todo el tiempo con la expresión de quien ya ha dicho lo que tenía que decir y ahora deja que las cosas sigan su camino.

—¿Cómo sale la mujer? —preguntó Cisneros.

—Eso ya es cosa mía —dijo Bernardo—. Lo único que necesito de vos es que el cuerpo esté en la celda de ella cuando lleguen a buscarla.

Cisneros giró el jarro entre sus manos, mirando el vino sin verlo, haciendo en su cabeza el tipo de cálculo que no tiene nombre preciso porque mezcla el miedo y la deuda y la gratitud y algo que en otro hombre y en otra vida quizás hubiera podido llamarse justicia.

—Tengo que pensarlo —dijo.

—Tomad el tiempo que necesitéis —dijo Bernardo—. Pero no demasiado. El proceso avanza y el tribunal no espera.

Se levantaron y salieron a la calle. La noche olía a leña quemada y a río. Bernardo y Sebastián caminaron en silencio durante media cuadra antes de que Sebastián dijera lo que los dos estaban pensando.

—Aceptará —dijo.

—¿Por qué estáis seguro?

—Porque miró al suelo cuando dijo que tenía que pensarlo —dijo Sebastián—. La gente que va a decir que no mira a los ojos cuando lo dice. Los que van a decir que sí miran al suelo porque ya están pensando en cómo hacerlo.

Bernardo consideró esto.

—Conocéis bien a la gente, Sebastián.

—Conozco bien a la gente que no tiene mucho que perder —dijo Sebastián—. A los que tienen mucho que perder los entiendo menos. Con todo el respeto, señor.

Bernardo no respondió a eso, pero algo en su expresión indicaba que no lo había tomado como una insolencia sino como una observación que merecía ser pensada.

Dos días después, Sebastián recibió el mensaje de Cisneros. Era una sola frase, transmitida de viva voz a través del mozo de los establos que había iniciado toda la cadena.

Decía: de acuerdo.

Capítulo 8

Lo que Bernal no previó

El intento de Bernardo de intervenir ante el inquisidor Lucero no fue una decisión impulsiva sino el resultado de varios días de deliberación en los que sopesó con cuidado lo que podía ofrecer y lo que podía perder. Sabía que presentarse en el edificio del Santo Oficio con el argumento de que Isabel Salazar era inocente era un camino que no llevaría a ningún lado, porque la inocencia en un proceso inquisitorial no era una condición que el acusado pudiera proclamar sino una conclusión que el tribunal debía alcanzar por sus propios medios, y los medios del tribunal no incluían escuchar a los nobles jóvenes que llegaban a defender a las curanderas del barrio de San Andrés. Lo que sí podía ofrecer era algo diferente: un argumento de naturaleza médica y filosófica que pusiera en cuestión la interpretación de las prácticas de Isabel sin atacar directamente al tribunal.

Solicitó audiencia a través de un escribano que conocía la casa de los Aguilar desde hacía años y que tenía acceso al secretario del inquisidor. La audiencia le fue concedida para un miércoles por la mañana, que era

el día en que Lucero recibía a los particulares que tenían algo que comunicar al tribunal sin ser parte formal del proceso.

Sebastián lo acompañó hasta la puerta del edificio y esperó fuera con los caballos y la expresión de quien ha decidido no opinar sobre lo que está a punto de ocurrir porque opinar no sirve de nada cuando la decisión ya está tomada.

Lucero lo recibió en la sala pequeña del primer piso, sin el fiscal ni el secretario, lo cual era en sí mismo una señal de que consideraba la visita informal. Lo miró entrar con esa atención completa que tenía para todo y que Bernardo sintió como una presión física, leve pero constante, como el peso del aire antes de una tormenta.

—Bernardo de Aguilar —dijo Lucero, sin levantarse—. Conozco a vuestro padre. Hombre recto.

—Lo es —dijo Bernardo, sentándose en la silla que le indicaban—. Gracias por recibirme, Fray Diego.

—Tenéis algo que decirme sobre el proceso de Isabel Salazar.

No era una pregunta. Lucero tenía la costumbre de enunciar lo que ya sabía antes de permitir que el otro lo dijera, lo cual establecía desde el principio que no había sorpresas posibles en esa sala.

—Tengo algo que ofreceros —dijo Bernardo—. No argumentos de inocencia, que entiendo que no es lo que este tribunal necesita escuchar de un particular. Sino información de naturaleza médica que podría ser relevante para la calificación de los cargos.

Lucero cruzó los dedos sobre la mesa.

—Hablad.

—Los manuscritos que encontraron en casa de la acusada son tratados de materia médica andalusí del siglo XII —dijo Bernardo—. Yo los he visto, no en esa casa sino en la biblioteca de un maestro en Salamanca que tenía textos similares. Su contenido es exclusivamente médico. No hay en ellos ningún elemento que un calificador honesto pueda interpretar como práctica herética.

—Ya tenemos el informe de nuestro calificador —dijo Lucero.

—Lo sé. Y entiendo que el informe no señala herejía explícita. Pero señala posible vinculación con tradiciones culturales no declaradas, lo cual puede llevar a una interpretación que no corresponde al contenido real de esos textos.

—¿Y vos sabéis cuál es el contenido real de esos textos?

—Suficiente para decir que son herramientas de médico, no de bruja.

Hubo un silencio breve. Lucero lo miró con una atención que había cambiado de carácter, ya no era la evaluación del que recibe información sino el escrutinio del que ha encontrado algo inesperado.

—¿Dónde aprendisteis árabe, joven Aguilar?

Bernardo calculó en una fracción de segundo lo que la pregunta implicaba y respondió con la verdad parcial que era lo más seguro en ese momento.

—No sé árabe —dijo—. Pero en Salamanca tuve acceso a traducciones latinas de textos médicos árabes. Avicena, principalmente. Y algunos textos de Averroes sobre filosofía natural.

—Textos que tampoco son de lectura común entre los nobles de vuestra edad.

—Tuve un maestro poco común.

Lucero no sonrió pero algo en su expresión cambió levemente, un ajuste mínimo que podía ser apreciación o podía ser alarma y que Bernardo no supo leer con certeza.

—Os agradezco la información —dijo Lucero—. El tribunal la tendrá en cuenta.

Era la fórmula de despedida de alguien que no tiene intención de cambiar nada pero que tampoco quiere cerrar una puerta que podría resultar útil. Bernardo lo entendió así y se levantó.

—Una cosa más —dijo Lucero, cuando Bernardo ya estaba de pie—. ¿Cuál es vuestro interés personal en este proceso?

La pregunta era directa con la franqueza de quien no necesita disimular que está preguntando lo que realmente quiere saber. Bernardo la sostuvo sin apartar los ojos.

—Isabel Salazar ha atendido a gente de este barrio durante años —dijo —. A gente que no podía pagar a los médicos que cobran lo que cobran. Eso me parece una razón suficiente para que alguien con acceso a este tribunal diga lo que sabe.

Lucero lo miró durante un momento más y luego asintió con una lentitud que no era aprobación sino registro.

—Que Dios os guarde, joven Aguilar.

—Y a vos, Fray Diego.

Bernardo salió del edificio con la sensación de quien ha plantado una semilla sin saber en qué tierra y no puede hacer más que esperar.

Lo que no sabía era que Lucero, aquella misma tarde, había pedido a su secretario información discreta sobre los maestros y las lecturas de los estudiantes de filosofía natural en Salamanca en los últimos cinco años, que era la manera metódica que tenía el inquisidor de anotar en su memoria algo que podría o no resultar relevante en el futuro.

Bernal de Andrade supo de la visita de Bernardo al tribunal por el Hermano Cipriano, que lo sabía todo lo que ocurría en el barrio y que lo contaba con la misma neutralidad con que contaba cualquier otra cosa.

—El hijo de los Aguilar fue a ver al inquisidor —dijo el hermano lego durante la cena, con el tono de quien comenta el tiempo—. Dicen que habló en favor de la curandera.

Bernal dejó la cuchara sobre la mesa con una calma que le costó más de lo que pareció.

Lo que Bernal no había previsto, lo que no había entrado en ninguno de los cálculos que había hecho en su celda durante aquellas noches de planificación meticulosa, era que Bernardo de Aguilar resultara ser precisamente el tipo de hombre que era. Había contado con que el noble joven sentiría algo por Bárbara y quizás le expresaría su simpatía y quizás le ofrecería algún tipo de consuelo social, el tipo de consuelo que los nobles ofrecen a los de condición inferior cuando quieren sentirse generosos sin comprometerse de verdad. No había contado con que fuera al tribunal. No había contado con que tuviera argumentos. Y no había contado, sobre todo, con que el inquisidor lo recibiera.

Aquella noche no durmió.

La semana siguiente tomó una decisión que nació del mismo mecanismo que había producido todas las demás: la racionalización de lo que en el fondo era pánico disfrazado de estrategia. Fue a ver a Bárbara.

El pretexto era pastoral, que era el único pretexto que un novicio podía usar para visitar a una mujer sola sin que nadie lo cuestionara. Se presentó en la calle del Almendro una mañana, llamó a la aldaba con los nudillos, y esperó con las manos cruzadas y la expresión de piedad aplicada que había aprendido a componer para estas ocasiones.

Bárbara abrió la puerta y lo miró sin reconocerlo de inmediato.

—Soy Bernal de Andrade —dijo él—. Novicio de San Pablo el Real. He sabido la difícil situación de vuestra madre y he venido a ofreceros el consuelo de la iglesia y mi ayuda como intermediario si en algo pudiera ser útil ante el tribunal.

Bárbara lo examinó durante un momento con esa atención directa que tenía para todo.

—Entrad —dijo, sin calidez pero sin hostilidad, el tono de quien recibe a alguien porque no tiene razón suficiente para no recibirlo.

Se sentaron en la sala del piso bajo. Bernal miró los tarros de la repisa todavía descolocados por el registro y los libros que Bárbara había vuelto a ordenar en el piso alto pero que aún no había subido del todo, y compuso la expresión de la comprensión compasiva que había ensayado durante el camino.

—Es una situación injusta —dijo—. Conozco a vuestra madre de verla en el barrio. Es una mujer de bien.

—Lo es —dijo Bárbara.

—El Santo Oficio tiene sus métodos y sus tiempos —dijo Bernal—. Pero a veces la información que llega al tribunal no es completa, y hay maneras de complementarla si se conocen los canales adecuados. Yo tengo cierto acceso, por mi condición, que podría ser útil.

Bárbara lo escuchó con la atención de siempre. Luego dijo:

—¿Cómo sabíais que habían encontrado los manuscritos?

Bernal parpadeó.

—¿Perdón?

—Acabáis de decir que la información que llegó al tribunal no es completa —dijo Bárbara, con una calma que era más peligrosa que cualquier acusación directa—. Pero no os he dicho nada sobre qué información tienen. ¿Cómo sabéis que hay algo que complementar?

El silencio que siguió fue breve pero tuvo la densidad de los silencios que revelan algo sin que nadie haya dicho nada todavía.

—Es una suposición general —dijo Bernal—. En estos procesos siempre hay aspectos que el tribunal no conoce del todo.

—Claro —dijo Bárbara.

Su voz no cambió. Su expresión no cambió. Pero algo en sus ojos registró lo que acababa de ocurrir con la precisión silenciosa de quien guarda algo para más tarde sin que el otro lo sepa.

La conversación continuó unos minutos más con la artificialidad de dos personas que saben que algo ha cambiado pero ninguna de las dos ha decidido todavía qué hacer con ese cambio. Bernal se despidió con una bendición que Bárbara recibió sin inclinarse, y salió a la calle con el paso algo más rápido de lo que había entrado.

Bárbara cerró la puerta y se quedó de pie en la sala, mirando el lugar donde el novicio había estado sentado, dejando que lo que acababa de ocurrir tomara forma en su cabeza con la lentitud necesaria para no equivocarse.

No lo tenía todavía. No era una certeza sino una incomodidad, el tipo de incomodidad que produce una pieza que no encaja en el lugar donde debería encajar y que uno guarda a un lado hasta que encuentre el lugar correcto.

Cuando Bernardo llegó aquella tarde y le preguntó cómo estaba, Bárbara le contó la visita del novicio con todos sus detalles, incluyendo el desliz sobre los manuscritos, con la precisión de quien ha estado esperando el momento adecuado para transmitir una información que sabe que importa aunque todavía no sepa exactamente cuánto.

Bernardo la escuchó sin interrumpirla. Cuando terminó, se quedó en silencio durante un momento con los ojos fijos en la ventana del patio donde la lavanda de las macetas se movía levemente con el aire de la tarde.

—Contadme otra vez —dijo— exactamente lo que dijo y en qué orden lo dijo.

Bárbara lo contó otra vez. Y mientras lo contaba, en la cabeza de Bernardo algo que había estado disperso comenzaba, lentamente, a tomar la forma de una dirección.

Capítulo 9

La hoguera preparada

La sentencia llegó un martes de diciembre, tres semanas después de que comenzara el proceso formal contra Isabel Salazar.

Bernardo la supo por Sebastián antes de que se hiciera pública, que era la manera en que sabía casi todo lo importante en esos meses, y se lo comunicó a Bárbara aquella misma tarde en la casa de la calle del Almendro, sentados los dos en la sala del piso bajo con la puerta cerrada y la luz de la tarde entrando por la ventana del patio en una franja oblicua que iluminaba el suelo entre ellos como una frontera que ninguno de los dos había cruzado todavía del todo.

—La han condenado —dijo Bernardo.

Bárbara no respondió de inmediato. Tenía las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en la franja de luz, y en su expresión había algo que era más frío que el miedo, algo que Bernardo reconoció como la calma de quien ya había considerado esta posibilidad muchas veces y la había aceptado como probable sin por eso haber dejado de temerla.

—¿A qué? —dijo.

—A la hoguera. El auto de fe está fijado para dentro de quince días.

El silencio que siguió tuvo la duración y la densidad de algo que se asienta en un lugar donde antes no había nada y del que ya no se va a mover. Bárbara cerró los ojos durante un momento. Cuando los abrió, tenían esa sequedad particular de quien ha decidido no llorar porque llorar es un lujo que no puede permitirse todavía.

—¿Hay algo que hacer? —preguntó.

—Hay algo que ya estoy haciendo —dijo Bernardo—. Pero no puedo explicaros el detalle todavía. Lo que necesito es que confiéis en mí durante quince días y que no hagáis nada por vuestra cuenta que pueda complicar lo que tengo planeado.

Bárbara lo miró con esa atención directa que tenía y que a Bernardo le resultaba siempre levemente incómoda porque era la atención de alguien que no acepta las cosas a medias.

—¿Por qué no podéis decirme qué es?

—Porque si lo sabéis tendréis que fingir que no lo sabéis, y el fingimiento es más difícil que la ignorancia —dijo Bernardo—. Y porque si algo sale mal, cuanto menos sepáis mejor para vos.

—Eso no me tranquiliza.

—No pretende tranquilizaros. Pretende protegeros.

Bárbara consideró esto durante un momento.

—¿Y si no confío en vos?

—Entonces hacéis lo que os parezca —dijo Bernardo—. Pero os pido que lo penséis. No tenéis muchas opciones y yo soy la menos mala de las que hay.

Era una honestidad que no era exactamente galante pero que Bárbara valoró precisamente por eso, porque la galantería en ese momento hubiera sido una forma de mentira y ella tenía suficiente con las mentiras que ya circulaban alrededor de su madre.

—De acuerdo —dijo—. Quince días.

Lo que Bernardo tenía planeado dependía de tres cosas que debían ocurrir en el orden correcto y en el momento preciso, que es el tipo de plan que parece sólido sobre el papel y que en la práctica tiene la fragilidad de una cadena, donde basta con que un eslabón falle para que todo se deshaga.

El primer eslabón era Pedro Cisneros, que ya había dado su acuerdo pero que debía actuar con una precisión que requería instrucciones detalladas y un nervio que Bernardo esperaba que el carcelero tuviera aunque no podía estar completamente seguro. Sebastián se reunió con Cisneros dos veces en la semana siguiente, en lugares distintos y en horas distintas, y le explicó lo que debía hacer y cuándo y cómo, con la paciencia del que sabe que la comprensión exacta de un plan es la diferencia entre que funcione y que no funcione.

El segundo eslabón era el cadáver.

En las celdas del Santo Oficio había muerto de fiebres, diez días antes, un hombre de nombre desconocido que había sido detenido en una redada contra vagabundos en el barrio de la Magdalena y que había llegado al proceso con una salud tan deteriorada que el carcelero de turno había anotado en el registro de ingreso, con la indiferencia burocrática de quien llena un formulario, que el detenido presentaba signos de enfermedad grave. El hombre había muerto dos días después sin que nadie reclamara su cuerpo ni su nombre, que de hecho nunca se había establecido con certeza. Cisneros conocía la existencia de ese cuerpo porque era él quien llevaba el registro de muertes en su turno, y lo que tenía que hacer era simple en su descripción y complicado en su ejecución: no reportar la muerte hasta la noche anterior al auto de fe, mantener el cuerpo en condiciones de no ser descubierto, y en el momento adecuado trasladarlo a la celda de Isabel Salazar.

El tercer eslabón era la salida de Isabel.

Para eso Bernardo necesitaba a Sebastián dentro del edificio en el momento preciso, lo cual requería que Sebastián tuviera una razón para estar allí que no levantara sospechas. La razón que encontraron fue la más simple de las posibles: Sebastián entraría como parte del grupo de ayudantes del verdugo que el día anterior al auto de fe accedían al edificio para preparar el traslado de los condenados. Ese grupo era numeroso y variable, compuesto por hombres de oficios distintos que el verdugo contrataba según la necesidad, y en el que un hombre más o un hombre menos no llamaba la atención de nadie que no tuviera una razón específica para contarlos.

Isabel saldría envuelta en el capote de uno de esos ayudantes, mezclada entre los que salían al terminar la preparación, en el momento de mayor movimiento y menor atención que era el amanecer del día del auto de fe, cuando el edificio estaba lleno de gente haciendo cosas distintas y los guardias miraban hacia afuera porque los problemas, en su experiencia, venían siempre de afuera.

Bernardo había pensado en cada paso de esto durante noches que pasaba despierto con los ojos abiertos en la oscuridad de su cuarto, revisando el plan una y otra vez buscando el eslabón débil, preguntándose qué podía salir mal y cómo remediarlo si salía mal, y llegando siempre a la misma conclusión: que había demasiadas cosas que podían salir mal para garantizar nada, y que sin embargo no había otra manera de hacerlo.

En la casa de los Aguilar, mientras tanto, la situación doméstica había llegado a un punto de tensión que ya no podía ignorarse.

Doña Inés había sabido, por los caminos que sabía estas cosas que eran los caminos de las mujeres nobles con muchas relaciones sociales y tiempo para cultivarlas, que su hijo menor frecuentaba la casa de la hija de la curandera detenida por el Santo Oficio. Lo supo con la precisión desagradable de los detalles que llegan a través de terceros, que es siempre peor que saberlos directamente porque vienen envueltos en la interpretación de quien los transmite, y convocó a Bernardo a la sala principal una tarde con esa formalidad que en la familia significaba que la conversación que seguía no iba a ser agradable.

—Sentaos —dijo doña Inés, cuando Bernardo entró.

Don Rodrigo estaba en el sillón junto a la ventana con el libro cerrado sobre las rodillas y la expresión de quien preferiría estar en otro lugar pero ha aceptado que no puede estarlo.

—He sabido cosas que me preocupan —dijo doña Inés, sin preámbulo.

—Decidme cuáles —dijo Bernardo, sentándose.

—Que visitáis con regularidad a la hija de una mujer que está siendo juzgada por el Santo Oficio. Que habéis ido personalmente a hablar con

el inquisidor en su favor. Y que estáis comprometiendo el nombre de esta familia en un asunto que no os corresponde y que puede tener consecuencias que no habéis pensado.

—He pensado las consecuencias —dijo Bernardo.

—No las habéis pensado suficiente —dijo doña Inés, con la firmeza de quien ha cerrado esa discusión antes de que el otro la abra—. El Santo Oficio no distingue entre culpables e inocentes cuando decide que una familia está implicada en un proceso. Lo que hacéis vos afecta a vuestro padre, a vuestro hermano, a esta casa.

—Lo que hago yo —dijo Bernardo, con una calma que era en parte la calma de su madre vuelta hacia ella— es lo que cualquier hombre de conciencia haría si tuviera los medios para hacerlo. Isabel Salazar no es bruja ni hereje. Es una curandera que ha ayudado a los pobres de este barrio durante veinte años y que ha sido denunciada por razones que no tienen nada que ver con la fe.

—Eso no os corresponde a vos determinarlo.

—Alguien tiene que determinarlo.

Don Rodrigo carraspeó desde su sillón, que era su manera de participar en las discusiones sin tomar partido.

—Bernardo —dijo—, comprendo lo que sentís. Pero vuestra madre tiene razón en que hay formas y formas de hacer las cosas. Si queréis ayudar a esa mujer, hay caminos que no ponen en riesgo a toda la familia.

—¿Qué caminos son esos, padre?

Don Rodrigo no respondió de inmediato, que era la respuesta.

—Queremos que os marchéis a Madrid durante unas semanas —dijo doña Inés—. Hasta que este proceso concluya y las aguas vuelvan a su cauce. Alfonso tiene contactos allí que podrían ser útiles para vuestro futuro.

—No me voy a Madrid —dijo Bernardo.

—Es una petición, no una orden.

—La respuesta es la misma.

El silencio que siguió tenía la temperatura de los silencios que preceden a las cosas que no se dicen porque decirlas rompería algo que todavía no se ha decidido romper. Doña Inés lo miró durante un momento con esa expresión que Bernardo había aprendido a leer desde niño y que significaba que la conversación había terminado aunque no hubiera terminado.

—Haced lo que queráis —dijo al fin—. Pero sabed que lo que ocurra a partir de ahora es vuestra responsabilidad y solo vuestra.

Bernardo se levantó.

—Siempre lo ha sido —dijo, y salió de la sala con el paso tranquilo del que ha dicho lo que tenía que decir y no necesita añadir nada.

Los quince días pasaron con la lentitud de los tiempos que se espera que terminen y la velocidad de los que se teme que lleguen. Bárbara los vivió en un estado que no era exactamente esperanza porque Bernardo no le había dado razones suficientes para esperarlo, sino algo más parecido a la suspensión, el estado de quien ha entregado una parte de su destino a otro y espera el resultado sin poder hacer nada más que esperar.

Visitaba a su madre una vez por semana, en las horas en que el Santo Oficio permitía visitas breves a los detenidos cuyo proceso no había concluido. Isabel la recibía siempre de pie, con la espalda recta y las manos cruzadas, y hablaban durante el tiempo permitido de cosas que no eran las más importantes porque las más importantes no podían decirse delante del carcelero que permanecía en el corredor sin disimular que escuchaba.

—¿Estás bien? —le preguntaba Bárbara cada vez.

—Estoy bien —respondía Isabel cada vez, con una convicción que Bárbara no podía saber si era verdadera o era el regalo que una madre hace a su hija cuando no puede darle ningún otro.

En la última visita, tres días antes del auto de fe, Isabel la miró durante un momento con una intensidad diferente a las otras veces, como si quisiera decir algo que las palabras no alcanzaban a contener.

—Pase lo que pase —dijo Isabel, en voz muy baja—, quiero que sepas que no me arrepiento de nada. Ni de los libros ni del oficio ni de haberte criado como te crie.

Bárbara apretó los barrotes de la reja entre sus manos.

—No va a pasar nada —dijo, con una firmeza que era en parte convicción y en parte el único regalo que ella podía devolverle a su madre en ese momento.

Isabel la miró. Sonrió con esa sonrisa pequeña y segura que Bárbara conocía de toda la vida y que significaba que su madre sabía más de lo que decía, que era casi siempre.

El carcelero dio la señal de que la visita había terminado. Bárbara soltó los barrotes. Caminó por el corredor de piedra hacia la escalera y la calle y el aire de la ciudad, sin volverse, porque sabía que si se volvía no podría seguir caminando.

Tres días después amanecía el día del auto de fe.

Capítulo 10

Lo que arde en la plaza

El alba del día del auto de fe llegó con una niebla baja que el Guadalquivir enviaba sobre la ciudad en las mañanas de diciembre, una niebla que difuminaba los contornos de los edificios y amortiguaba los sonidos y hacía que todo lo que ocurría pareciera ocurrir en un lugar levemente desplazado de la realidad, como si la ciudad misma quisiera tomar distancia de lo que estaba a punto de presenciar.

Sebastián entró al edificio del Santo Oficio cuando el cielo estaba todavía oscuro, mezclado entre los ayudantes del verdugo con el capote bajado y las manos metidas en los bolsillos y la expresión de quien ha hecho este trabajo muchas veces y no necesita que nadie le explique nada. Nadie le preguntó su nombre. Nadie lo miró dos veces. Era uno más en un grupo de doce hombres que hacían una tarea que todos querían que se hiciera sin tener que pensar demasiado en quién la hacía.

Encontró a Cisneros en el corredor del sótano, junto a la escalera, con el mismo rostro de siempre que aquella mañana tenía una palidez adicional que no era del frío sino de otra cosa. Los dos hombres se miraron durante un segundo sin decirse nada porque no había nada que decir que no estuviera ya dicho, y Cisneros giró hacia el corredor con el paso deliberado del que sabe lo que tiene que hacer aunque no esté seguro de poder hacerlo.

Lo que ocurrió en el sótano del edificio del Santo Oficio en las horas siguientes no fue presenciado por nadie que lo contara después con detalle, que era exactamente como debía ser. Lo que se sabe es lo que el resultado indicaba: que cuando los alguaciles bajaron a buscar a la condenada al amanecer, encontraron en la celda de Isabel Salazar un cuerpo vestido con su ropa, inmóvil en el camastro, con la cara vuelta hacia la pared, y que ninguno de los alguaciles que hicieron esa ronda tenía razón ni disposición para examinar ese cuerpo con más detalle del necesario porque su trabajo era el traslado y no la verificación.

Sebastián salió del edificio con Isabel envuelta en su capote veinte minutos antes de que los alguaciles bajaran al sótano, en el momento de mayor movimiento del amanecer, cuando los grupos entraban y salían y las puertas se abrían y cerraban con una frecuencia que hacía imposible llevar la cuenta de quién cruzaba en qué dirección. Caminaron por la calle sin apresurarse, con el paso de quien va a un trabajo ordinario en una mañana ordinaria, y doblaron dos esquinas antes de llegar a la calleja donde Bernardo esperaba con dos caballos y una tercera montura preparada.

Bernardo miró a Isabel cuando Sebastián retiró el capote. Era la primera vez que la veía de cerca. Tenía los ojos serenos con el tipo de serenidad que no es indiferencia sino aceptación completa de lo que está ocurriendo, y en su cara había algo que Bernardo no esperaba encontrar en ese momento y que tardó un segundo en identificar: gratitud, sí, pero también algo más parecido a la evaluación, la mirada de alguien que

está calibrando al hombre que ha intervenido en su vida de esta manera y quiere saber con certeza qué clase de hombre es.

—Tenemos que ir lejos de aquí antes de que amanezca del todo —dijo Bernardo.

—Lo sé —dijo Isabel. Su voz era igual que la voz de alguien que no ha estado en un calabozo durante semanas, firme y clara, lo cual era en sí mismo una forma de declaración de carácter.

—Hay una casa en Montilla —dijo Bernardo—. De un hombre de confianza de mi padre que no sabe para qué la usa en este momento y no preguntará. Estaréis a salvo allí el tiempo que sea necesario.

—¿Y Bárbara?

—Bárbara cree que vos estáis en esa celda —dijo Bernardo—. Tiene que creerlo todavía.

Isabel lo miró con una expresión que era dolor puro, sin adornos.

—Lo entiendo —dijo, después de un momento—. No me gusta, pero lo entiendo.

—Yo tampoco me gusta —dijo Bernardo—. Pero si ella sabe que estáis a salvo no podrá fingir que no lo sabe, y ese fingimiento en la plaza esta mañana tiene que ser real para que funcione.

Isabel asintió. Montó con la ayuda de Sebastián con una agilidad que desmentía las semanas de encierro, se acomodó en la silla, y miró a Bernardo una vez más antes de que Sebastián tomara las riendas de su montura para guiarla.

—Cuidadla —dijo.

—Con todo lo que tengo —dijo Bernardo.

Sebastián partió con Isabel hacia el sur por el camino que bordeaba el río, alejándose de la ciudad en la niebla del amanecer. Bernardo los vio desaparecer en la bruma y luego giró su caballo hacia la Plaza de la Corredera.

Necesitaba estar allí. No para ver sino para saber, y para estar cerca de Bárbara en el momento en que ocurriera lo que iba a ocurrir, aunque ella no supiera que él estaba cerca.

La plaza estaba ya llena cuando llegó. Se colocó en un lugar elevado, en los soportales del lado norte, desde donde podía ver sin ser visto con facilidad, y esperó con las manos apoyadas en la balaustrada de piedra y algo en el pecho que no era exactamente miedo sino la tensión de quien ha puesto en marcha algo que ya no puede detener y solo puede observar cómo se desarrolla.

Bárbara estaba en el lado opuesto de la plaza. Bernardo la encontró con la vista después de buscarla durante un momento, reconociendo su postura antes que su cara, esa manera de estar de pie que era siempre la misma, con el cuerpo levemente inclinado hacia adelante como quien

está a punto de moverse aunque no se mueva. Llevaba la toca negra de los días de duelo anticipado y tenía los brazos cruzados sobre el pecho con una rigidez que desde la distancia parecía contención pero que Bernardo sabía que era otra cosa, era la posición del cuerpo de alguien que está sujetándose a sí mismo para no caerse.

Los condenados salieron del edificio del Santo Oficio en procesión, escoltados por los dominicos que rezaban el Miserere, con los sambenitos amarillos y los pies descalzos sobre las piedras del empedrado. Había cuatro en total aquella mañana. El último de la fila era el cuerpo que Cisneros había trasladado, vestido con el sambenito que correspondía a la celda de Isabel Salazar, con la capucha bajada sobre la cara de una manera que en los condenados se interpretaba como vergüenza y que aquella mañana tenía una razón diferente.

El inquisidor Lucero leyó los cargos desde el estrado. Su voz llegaba clara sobre la plaza en el silencio que la gente guarda en esos momentos, ese silencio que no es respeto sino algo más primitivo, la contención del que está viendo algo que lo aterra y al mismo tiempo no puede dejar de mirar.

Cuando llegó el turno del cuarto condenado y el verdugo procedió con la ejecución, Bárbara miraba. Bernardo la miraba a ella. Y en la distancia que los separaba, llena de gente y de humo y del olor de la madera encendida, ocurrían dos cosas simultáneas e invisibles: Isabel Salazar se alejaba viva hacia el sur por el camino del río, y Bárbara Salazar creía ver morir a su madre con la certeza absoluta de quien no tiene razón para dudar de lo que sus ojos ven.

Lo que el fuego hacía con lo que tenía era lo que el fuego siempre hace. El humo ascendió sobre la plaza con su lentitud característica, oscuro primero y luego más claro, y se dispersó sobre los tejados de Córdoba en la dirección que marcaba el viento de diciembre.

Bernardo bajó de los soportales cuando la plaza comenzó a vaciarse. Caminó hacia el lugar donde había visto a Bárbara pero no la encontró. Preguntó a Sebastián, que había regresado ya de dejar a Isabel en el camino de Montilla con el segundo hombre de confianza que la acompañaría hasta la casa.

—Se fue antes de que terminara —dijo Sebastián—. La vi salir por la calle de la Feria.

Bernardo fue a la calle del Almendro. Llamó a la aldaba de la casa. Nadie respondió. Volvió al día siguiente y tampoco. Al tercer día la puerta estaba entreabierta y entró.

Bárbara estaba en la sala del piso bajo, sentada en el banco con la espalda contra la pared y los ojos abiertos mirando al frente con la expresión de quien lleva horas o días mirando lo mismo sin verlo. Había un cuchillo sobre la mesa frente a ella, de los que se usaban en la cocina, y algo en la posición de ese cuchillo y en la posición de Bárbara

en relación con él le dijo a Bernardo, con una claridad que no necesitaba interpretación, lo que estaba pasando por la cabeza de esa muchacha.

Se sentó frente a ella sin apartar el cuchillo porque apartar el cuchillo hubiera sido nombrar lo que los dos sabían que estaba sobre la mesa y nombrar eso en ese momento era más peligroso que dejarlo donde estaba.

—Bárbara —dijo.

Ella lo miró. Sus ojos tenían esa sequedad de los que han llorado tanto que ya no queda nada más que llorar y lo que queda después es más duro que el llanto.

—Voy a matarlo —dijo. Su voz era tranquila con la tranquilidad de las decisiones ya tomadas—. Al inquisidor Lucero. Sé dónde vive. Sé por dónde sale por las mañanas.

—Escuchadme —dijo Bernardo.

—No hay nada que escuchar.

—Vuestra madre está viva.

El silencio que siguió fue de una naturaleza completamente diferente a todos los silencios anteriores. Era el silencio de algo que se detiene en seco, como cuando un caballo desbocado recibe una orden que reconoce aunque no la espere.

Bárbara lo miró durante un tiempo que no tuvo duración medible.

—¿Qué habéis dicho? —dijo, con una voz que ya no era tranquila sino otra cosa completamente.

—Vuestra madre está viva —repitió Bernardo—. Está en Montilla, en una casa segura. Lo que ardió en la plaza esta mañana no era ella.

Bárbara no se movió durante un momento. Luego se movió de golpe, se puso de pie tan rápido que el banco raspó el suelo con un sonido áspero, y miró a Bernardo con una expresión que era al mismo tiempo alivio y rabia y algo que en otro momento hubiera sido incomprensible pero que en ese tenía una lógica perfecta: era la rabia de quien ha sufrido innecesariamente porque alguien decidió que era necesario que sufriera.

—¿Cuánto tiempo lo sabíais? —dijo.

—Desde el amanecer.

—Y me dejasteis creer que estaba muerta.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si lo sabíais no podíais fingir que no lo sabíais, y ese fingimiento era lo que hacía que todo lo demás funcionara. Si en la plaza alguien os hubiera visto con cara de saber lo que sabíais, el plan se deshacía y vuestra madre ardía de verdad.

Bárbara lo miraba con los ojos muy abiertos y algo en su cara que iba cambiando de registro con la lentitud de quien procesa demasiadas cosas al mismo tiempo.

—Os odio —dijo.

—Lo entiendo.

—Y os lo agradezco —dijo, y esas cuatro palabras le costaron más que todas las anteriores juntas porque eran las más verdaderas y las más difíciles de decir al mismo tiempo.

Bernardo no respondió. Había aprendido en esos meses que Bárbara Salazar necesitaba el espacio de sus propias conclusiones y que el peor error que podía cometer era ocupar ese espacio antes de que ella lo llenara.

Bárbara se sentó de nuevo. Miró el cuchillo sobre la mesa durante un momento. Luego lo tomó con la mano y lo llevó a la cocina sin decir nada, y cuando regresó a la sala su expresión era diferente, no resuelta del todo pero sí orientada, como la de alguien que acaba de encontrar el norte después de días sin brújula.

Se sentó frente a Bernardo. Lo miró.

—Contadme todo —dijo—. Desde el principio. Sin dejar nada.

Y Bernardo le contó todo, desde el principio, sin dejar nada.

Afuera, en la Plaza de la Corredera, los últimos curiosos se dispersaban bajo el humo que el viento de diciembre empujaba hacia el norte, hacia ningún lugar en particular, como siempre.

Capítulo 11

La felonía al descubierto

Fue Bárbara quien lo dijo primero con claridad, porque Bárbara tenía esa capacidad de nombrar las cosas que otros rodean con circunloquios, y porque la rabia que todavía le quedaba después de la conversación con Bernardo necesitaba un objeto concreto donde depositarse.

—El novicio sabía lo de los manuscritos —dijo, a la mañana siguiente, cuando Bernardo llegó a la casa de la calle del Almendro con Sebastián y los tres se sentaron en la sala con la puerta cerrada y una jarra de agua sobre la mesa que nadie tocó—. Lo dijo sin querer cuando vino a visitarme. Mencionó que la información del tribunal podía no ser completa, pero yo no le había dicho nada sobre qué información tenían. La única manera de saber que había algo específico que complementar era saber de antemano qué habían encontrado. O haber puesto a alguien a buscarlo.

Bernardo la miró.

—¿Estáis segura de que no pudo ser una suposición general?

—Lo consideré —dijo Bárbara—. Durante días lo consideré. Pero hay otra cosa. Cuando lo dijo, cambió. Solo un instante, pero cambió. Los ojos primero y luego las manos, que juntó sobre las rodillas con demasiada fuerza para ser una reacción natural a nada. Era el gesto de alguien que acaba de oírse decir algo que no debía decir.

Sebastián, que había estado escuchando con la atención silenciosa que era su modo habitual de participar en las conversaciones importantes, dijo:

—Hay algo más. Los tres testigos del proceso no tenían relación entre sí que yo pueda establecer. El panadero, el sepulturero y la beata de la parroquia no frecuentaban los mismos lugares ni tenían trato conocido. Y sin embargo sus testimonios coincidían en los puntos esenciales con una precisión que es difícil de explicar si cada uno llegó a sus conclusiones por separado.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Bernardo.

—Porque pregunté —dijo Sebastián, con la simplicidad de quien no considera necesario elaborar más.

Bernardo se levantó y caminó hasta la ventana del patio. Miró las macetas de lavanda durante un momento con las manos a la espalda.

—Necesitamos más que la coincidencia de los testimonios y el desliz del novicio —dijo—. Para llevar esto al inquisidor de manera que lo tome en serio, necesito algo que conecte a Bernal de Andrade con los tres testigos de forma verificable. Una visita, una conversación, algo que alguien haya visto.

—El panadero —dijo Bárbara.

Los dos hombres la miraron.

—Alonso Ruiz es hombre de dolor reciente y poca reserva —dijo Bárbara —. Si alguien lo presionó para testificar, lo guarda peor que los otros dos. Matías Perdomo es calculador y callará. Francisca de Molina creerá que hizo lo correcto y no lo admitirá aunque se lo demuestren. Pero Alonso Ruiz lleva meses con la culpa de la muerte de su mujer buscando dónde depositarse. Si alguien le pregunta con la pregunta correcta, hablará.

Sebastián asintió levemente, que era su forma de indicar que estaba de acuerdo.

—Yo no puedo preguntarle —dijo Bernardo—. Si voy yo, levanta la guardia.

—Tampoco yo —dijo Bárbara—. Me conoce y me tiene asociada al proceso.

—Yo sí puedo —dijo Sebastián.

Los dos lo miraron.

—Soy un desconocido para él —dijo Sebastián—. Y sé hacer preguntas que parecen otra cosa.

Nadie discutió eso porque era verdad y todos lo sabían.

Sebastián fue a la tahona de Alonso Ruiz al día siguiente, a media mañana, cuando el trabajo del horno estaba hecho y el panadero tenía la flojedad de ánimo del que ha madrugado mucho y todavía le queda mucho día por delante. Compró pan, habló del tiempo, mencionó de pasada que era del barrio de la Magdalena y que había oído del proceso de la curandera de San Andrés como lo oye todo el mundo en una ciudad pequeña, y luego, con la naturalidad que Sebastián tenía para estas transiciones, dijo que le había parecido cosa extraña que tres vecinos del barrio llegaran a las mismas conclusiones sobre la misma mujer sin conocerse entre sí.

Alonso Ruiz dejó el pan sobre el mostrador.

—¿Quién os ha dicho que no nos conocíamos?

Sebastián esperó.

—Fue el fraile —dijo el panadero, con la voz del hombre que lleva tiempo queriendo decir algo y al que la ocasión correcta le llega disfrazada de conversación casual—. Un novicio de San Pablo. Vino aquí con preguntas sobre doña Salazar, sobre el remedio que le dio a mi Catalina. Yo ya tenía mis propias dudas, no lo voy a negar, pero él fue quien les dio forma. Quien me dijo que lo que yo creía que había visto era lo que había visto.

—¿Cómo se llamaba ese novicio?

—No me dijo su nombre. Pero lo reconocería. Cara angulosa, alto, ojos oscuros. Joven.

Sebastián bebió un sorbo del vino que el panadero le había puesto sin que lo pidiera, que era la hospitalidad automática de los hombres de oficio con los clientes que se quedan a conversar.

—¿Y os arrepentís de haber testificado? —dijo Sebastián.

Alonso Ruiz tardó un momento en responder, que era ya en sí mismo una respuesta.

—Mi Catalina estaba muy enferma —dijo—. Nadie la hubiera salvado. Eso lo sé ahora. En ese momento no lo sabía y el dolor necesita un sitio donde ir. —Hizo una pausa—. Doña Salazar nunca le hizo daño a nadie que yo sepa. Lo que yo dije en ese tribunal fue lo que yo creía que era verdad. Pero si alguien me puso esa verdad en la cabeza antes de que yo fuera al tribunal, eso ya es otra cosa.

Sebastián dejó la moneda del pan sobre el mostrador y se levantó.

—Gracias, buen Alonso.

—¿Para qué queréis saber todo esto? —dijo el panadero.

—Para que las cosas estén en su sitio —dijo Sebastián, y salió a la calle.

Con el testimonio del panadero, la cadena tenía un eslabón visible. No era prueba suficiente por sí sola pero era el principio de una exposición que, presentada con el método correcto ante el inquisidor Lucero, podía producir el efecto que Bernardo buscaba, que no era la condena de Bernal de Andrade sino algo más difícil y más importante: la convicción de Lucero de que su propio tribunal había sido usado como instrumento de una maniobra personal, lo cual era para ese hombre una ofensa de naturaleza distinta a cualquier otra.

Bernardo solicitó una segunda audiencia con Lucero. Esta vez no fue solo.

Entró con Sebastián, lo cual era en sí mismo una declaración de que lo que traía no era un argumento sino una presentación de hechos que requería un testigo, y se sentó frente al inquisidor con los documentos que había preparado durante tres días, una exposición escrita de las inconsistencias del proceso que seguía el mismo método meticuloso que Lucero usaba para sus propios informes, porque Bernardo había aprendido en esas semanas que la única manera de hablar con ese hombre era hablar en su mismo idioma.

—Fray Diego —dijo—, vengo a presentaros algo que considero relevante para la integridad del proceso de Isabel Salazar. No vengo a discutir la sentencia sino a poner en vuestro conocimiento información que afecta a la manera en que ese proceso fue iniciado.

Lucero lo miró con la atención de siempre.

—Hablad.

Bernardo habló durante veinte minutos sin interrupciones. Expuso la coincidencia improbable de los tres testimonios, la ausencia de relación orgánica entre los tres testigos, el desliz del novicio ante Bárbara sobre los manuscritos, y el testimonio del panadero Alonso Ruiz, que Sebastián respaldó cuando Lucero le pidió que lo repitiera directamente.

Cuando terminaron, el inquisidor permaneció en silencio durante un tiempo que se hizo largo. No miraba a Bernardo ni a Sebastián sino a un punto fijo en la mesa, con los dedos cruzados y una expresión que era difícil de leer pero que contenía, si uno la miraba con atención, algo que en otro hombre hubiera podido llamarse indignación.

—La descripción que hacéis del novicio —dijo Lucero al fin— coincide con la de un joven que está en proceso de ordenación en esta comunidad dominica.

—Bernal de Andrade —dijo Bernardo.

Lucero lo miró.

—¿Cómo sabéis su nombre?

—Porque fue a visitar a Bárbara Salazar con el pretexto de ofrecerle asistencia espiritual —dijo Bernardo—. Y porque cuando ella le contó esa visita y lo que dijo, su descripción coincidió con la de un joven al que yo

mismo había visto antes en el barrio de San Andrés con una frecuencia que no correspondía a ningún encargo del convento conocido.

Lucero descruzó los dedos y los volvió a cruzar.

—Si lo que exponéis es cierto —dijo, con la lentitud del que mide cada palabra—, alguien utilizó este tribunal como instrumento de una disputa personal. Eso es una ofensa grave contra la autoridad del Santo Oficio y contra la voluntad de Dios que esta institución representa.

—Así lo creo —dijo Bernardo.

—Investigaremos —dijo Lucero. Y en esa palabra había algo que no era promesa sino certeza, la certeza del hombre que ha decidido algo y no tiene costumbre de decidir a medias.

Salieron a la calle. Sebastián caminó en silencio durante media cuadra antes de decir lo que los dos estaban pensando.

—¿Creéis que investigará de verdad?

—Creo que lo que más ofende a ese hombre no es la injusticia cometida contra Isabel Salazar —dijo Bernardo—. Es que alguien haya tenido la audacia de usar su tribunal para sus propios fines. Y ese tipo de ofensa, en ese tipo de hombre, produce una reacción que no se detiene a mitad del camino.

—Eso puede ser bueno o malo según cómo se mire —dijo Sebastián.

—Hoy es bueno —dijo Bernardo—. Ya veremos mañana.

La investigación de Lucero fue discreta y rápida, que eran las dos cualidades que el inquisidor aplicaba a todo lo que consideraba urgente. Citó a Bernal de Andrade a la sala pequeña del primer piso tres días después de la audiencia con Bernardo, sin comunicarle el motivo de la citación, que era el método estándar del tribunal para evitar que el citado preparara su defensa antes de que se le presentaran los cargos.

Bernal llegó puntual, con el hábito novicio y las manos cruzadas y la expresión de piedad aplicada que era su armadura habitual, y se encontró frente a Lucero con la sensación inmediata, antes de que se dijera nada, de que algo había cambiado en la disposición de ese espacio y de ese hombre que no era neutral.

—Sentaos, Bernal de Andrade —dijo Lucero.

Bernal se sentó.

Lo que siguió duró cuarenta minutos y no fue un interrogatorio en el sentido técnico sino algo más parecido a una demostración, en la que Lucero presentó lo que sabía con la precisión de quien ha ordenado los hechos antes de exponerlos y no necesita preguntar porque las preguntas ya tienen respuesta. Bernal negó, luego matizó, luego guardó silencio, que era la progresión natural de alguien que entiende que el territorio donde está pisando se ha vuelto inestable bajo sus pies y que cada paso puede hundir más.

Al final Lucero lo despidió sin pronunciar ninguna sentencia, que era la forma más inquietante de concluir una conversación de ese tipo, porque significaba que la sentencia vendría pero en el momento que el tribunal eligiera y no en el que el acusado esperaba.

Bernal salió del edificio a la calle y caminó hacia el convento con el paso de alguien que va hacia un lugar porque no sabe adónde más ir. Entró por la puerta lateral, cruzó el claustro sin mirar a nadie, subió a su celda, cerró la puerta.

Se sentó en el camastro con el diario espiritual en las manos. Lo abrió por la última página escrita y leyó durante un momento lo que había escrito semanas antes, cuando el plan todavía era solo un plan y no una ruina. Luego cerró el diario y lo puso sobre la mesa con el cuidado de quien ordena algo que ya no va a necesitar.

Pasó tres días en la celda. El prior Fray Gonzalo lo visitó el segundo día con la expresión del hombre que sabe más de lo que dice y que ha decidido, por razones que no explica, no decirlo todavía.

—¿Estáis bien, Bernal? —dijo el prior, desde el umbral.

—Estoy bien, padre —dijo Bernal, con la última reserva de la fórmula que había usado toda su vida para decir lo que no era verdad.

El prior lo miró durante un momento y asintió y se fue.

En la madrugada del cuarto día, cuando el convento estaba en el silencio más profundo y el frío de diciembre había bajado hasta hacer visible el aliento en el interior de las celdas, Bernal de Andrade tomó la cuerda del hábito que todavía no había terminado de ganarse y la ató a la reja de la ventana alta con el nudo que había aprendido de niño sin saber nunca para qué lo aprendía.

Lo encontraron al amanecer cuando un novicio fue a llamarlo para laudes y no obtuvo respuesta y empujó la puerta que no estaba cerrada con llave porque Bernal no había tenido ya ninguna razón para cerrarla.

Fray Gonzalo informó al inquisidor aquella misma mañana, con la expresión del hombre que cumple una obligación que le pesa sin por eso dejar de cumplirla.

—El novicio Bernal de Andrade ha muerto esta noche en su celda —dijo —. Aparentemente por su propia mano.

Lucero recibió la noticia en silencio. Luego dijo:

—Que se anote en el registro. Y que se rece por su alma, que falta le hará.

Era todo lo que había que decir, y Lucero lo dijo, y con eso el asunto de Bernal de Andrade quedó cerrado en los documentos del convento de San Pablo el Real de Córdoba con la misma eficiencia burocrática con que había sido abierto el asunto de Isabel Salazar semanas antes, que

era quizás la lección más dura que esa historia tenía para ofrecer sobre la naturaleza de las instituciones.

Capítulo 12

Lo que queda en pie

Isabel Salazar regresó a Córdoba un martes de febrero, cuando el invierno empezaba a ceder y los almendros del camino del río mostraban ya las primeras flores blancas con esa puntualidad que tienen las cosas naturales y que en esa mañana particular parecía una opinión sobre el mundo más que una simple costumbre de la estación.

Llegó a caballo con Sebastián, que había ido a buscarla a Montilla tres días antes cuando Lucero comunicó su decisión. Entró por la puerta norte de la ciudad con la toca blanca de siempre y las manos que conocían el camino de vuelta a casa antes que los ojos, y cuando dobló la última esquina y vio la calle del Almendro con su empedrado irregular y la fachada encalada de su casa al fondo, permaneció un momento quieta sobre el caballo sin decir nada, dejando que la vista de esa calle le confirmara algo que había mantenido como certeza durante semanas de encierro y semanas de espera en Montilla pero que necesitaba la confirmación de los ojos para volverse completamente real.

Bárbara la estaba esperando en el umbral.

No hubo palabras en ese primer momento porque las palabras hubieran sido inferiores a lo que había que decir y las dos lo sabían, que es una de las ventajas de conocerse desde el primer día de vida de una de ellas. Se abrazaron en el umbral con la fuerza de quienes han estado separadas por algo que era peor que la distancia, y permanecieron así durante un tiempo que ninguna de las dos midió, y cuando se separaron los ojos de las dos tenían la misma humedad que ninguna de las dos hizo el menor esfuerzo por disimular.

—Estás bien —dijo Isabel, que era una afirmación y no una pregunta, el tipo de constatación que una madre hace cuando ha pasado semanas preguntándose la respuesta.

—Estoy bien —dijo Bárbara—. Entra.

Bernardo llegó aquella tarde con Sebastián. Isabel lo recibió en la sala del piso bajo con la misma atención evaluadora del amanecer del escape, pero esta vez sin la urgencia que aquella mañana había impuesto sus límites a todo. Lo miró durante un momento antes de decir nada, con esa mirada que pesaba a los hombres con la misma metodología con que pesaba las hierbas, buscando la proporción correcta antes de pronunciarse.

—Me han contado lo que hicisteis —dijo.

—Sebastián hizo la mayor parte —dijo Bernardo.

—Sebastián es un buen hombre —dijo Isabel—. Vos sois un hombre que hizo lo que pocos en vuestra posición hubieran hecho. Las dos cosas son ciertas y las dos merecen ser dichas.

Bernardo no respondió a eso con palabras sino con la incomodidad levemente visible del que no sabe recibir el agradecimiento con la misma soltura con que da la ayuda, que era un rasgo de su carácter que Bárbara había notado ya varias veces y que le parecía, por razones que no había examinado del todo, uno de los más honestos que tenía.

Lo que Lucero había comunicado a través del escribano era una rehabilitación que el propio inquisidor hubiera descrito, si alguien se lo hubiera preguntado, como una corrección de un error procesal derivado de información manipulada, que era la manera institucional de decir que una persona inocente había sido condenada por la maniobra de alguien que usó el tribunal para sus fines personales. No había auto público, no había ceremonia, no había devolución del sambenito ni lectura de cargos retirados en la plaza. Era un documento firmado por el secretario del tribunal que establecía que el proceso contra Isabel Salazar quedaba anulado por vicios en su origen y que la acusada quedaba libre de todo cargo.

Era justicia de la variedad más discreta, la que las instituciones administran cuando necesitan corregir sus errores sin admitirlos demasiado alto.

Isabel lo sabía. No dijo nada sobre eso cuando Bernardo le explicó los términos, pero algo en su expresión indicaba que lo había registrado con la claridad de quien no necesita que le expliquen lo que ya entiende.

Lo que no había regresado con ella eran los manuscritos.

Bernardo se lo dijo aquella tarde, antes de que ella preguntara, porque consideró que era mejor decirlo que dejar que lo descubriera por su cuenta. Se lo dijo con la misma llaneza con que decía las cosas difíciles, sin adornos y sin el tipo de compasión que en realidad es una forma de distancia.

—Los manuscritos fueron quemados —dijo—. El tribunal los consideró prueba del proceso y los destruyó antes de que la anulación se comunicara. No pude recuperarlos.

Isabel escuchó esto en silencio. Luego preguntó, con una voz que no había cambiado de registro pero que tenía algo diferente en el fondo, como una grieta que no se ve desde lejos:

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas. Cuando la investigación sobre Bernal de Andrade comenzó a tomar forma, el fiscal ordenó la destrucción de las pruebas materiales del proceso original. Es el procedimiento estándar cuando un proceso se invalida.

—Claro —dijo Isabel—. El procedimiento estándar.

Se levantó del banco y fue a la cocina. Bárbara la siguió. Bernardo y Sebastián se quedaron en la sala escuchando, sin querer escuchar, el sonido que llegaba de la cocina, que no era exactamente llanto sino algo más contenido y más sostenido, el tipo de sonido que produce el dolor que no encuentra otra salida que esa y que sabe que debe tener una salida o no habrá manera de seguir.

Bárbara volvió a la sala después de un rato. Se sentó frente a Bernardo con los ojos enrojecidos.

—Para vos eran libros viejos —dijo, sin acusación pero sin suavidad—. Para ella eran la voz de su abuela y la abuela de su abuela. Eran la única prueba de que esa gente existió y supo cosas y quiso transmitirlas.

—Lo sé —dijo Bernardo.

—¿Lo sabíais cuando dejasteis que los quemaran?

—No pude evitarlo —dijo Bernardo—. No porque no lo intentara. Sino porque hay cosas que están fuera del alcance de lo que cualquier linaje puede hacer.

Bárbara lo miró durante un momento. Luego asintió, no como señal de que lo perdonaba sino como señal de que lo entendía, que era diferente y en ese momento era lo que había.

En los días siguientes la casa de la calle del Almendro fue recuperando su ritmo con la lentitud de los organismos que han sufrido un daño y se reconstruyen desde adentro hacia afuera, sin prisa y sin certeza de que todo va a quedar exactamente como estaba, porque nada queda exactamente como estaba después de cierto tipo de daño, y la sabiduría no está en pretender que sí sino en aprender a vivir en lo que quedó.

Isabel volvió a recibir enfermos. No de inmediato, porque necesitó primero que el barrio supiera que estaba de vuelta y que la confusión sobre lo que había ocurrido en la plaza se disipara en la manera en que se disipan esas confusiones en los barrios pequeños, que es lentamente y con muchas conversaciones en los umbrales. Alonso Ruiz fue el primero en presentarse en la puerta de la calle del Almendro, un martes por la tarde, con el sombrero en la mano y la expresión del hombre que lleva tiempo preparando lo que va a decir y que cuando llega el momento descubre que las palabras que preparó no son las que salen.

—Doña Salazar —dijo—. Yo...

—Entrad, Alonso —dijo Isabel, antes de que pudiera terminar—. Tengo agua caliente para una infusión.

El panadero entró. Bebió su infusión. No dijo lo que había ido a decir porque Isabel no lo dejó decirlo, no porque no quisiera escucharlo sino porque entendió que el hombre necesitaba ser recibido sin que se le pidiera que pagara el precio de entrada con una disculpa que le hubiera costado más de lo que él podía dar. Eso era también una forma de curar, que era el único oficio que Isabel Salazar conocía y que pensaba seguir

ejerciendo con o sin el permiso de quienes consideraban que no le correspondía.

La familia de Bernardo fue el otro frente que se resolvió en esas semanas, con menor gracia y mayor fricción pero con un resultado que era el único posible cuando uno de los lados de una negociación ha decidido que no cederá y el otro lado termina por aceptarlo porque no tiene más energía para no aceptarlo.

Doña Inés convocó a Bernardo a la sala principal de nuevo, con el mismo ritual de siempre, y esta vez sin don Rodrigo, que había decidido con la pragmática sabiduría de los hombres cansados que algunas batallas eran mejor no librarlas.

—He sabido que la curandera ha regresado —dijo doña Inés.

—Así es —dijo Bernardo.

—Y supongo que vuestras intenciones respecto a la hija no han cambiado.

—No han cambiado.

Doña Inés lo miró durante un momento largo. En su expresión había algo que era derrota pero no era solo derrota, era también, si uno miraba con cuidado, algo parecido a la evaluación que hace una mujer inteligente cuando acepta que ha perdido una discusión y decide en qué términos acepta esa pérdida.

—La muchacha no ejercerá su oficio en público —dijo—. No mientras lleve el nombre de esta familia. Eso no es negociable.

Bernardo consideró esto.

—Se lo diré —dijo—. La decisión es de ella.

—Si la decisión es de ella, más vale que sea la correcta —dijo doña Inés.

Fue Bárbara quien escuchó esa condición de boca de Bernardo, aquella misma tarde, en el patio de la casa de la calle del Almendro, con Isabel dentro preparando la cena y los dos de pie junto a las macetas de lavanda que habían sobrevivido el invierno con la terquedad de las plantas acostumbradas a sobrevivir.

Bernardo se la expuso sin suavizarla porque Bárbara no necesitaba que le suavizaran las cosas y él lo sabía.

—La condición de mi madre es que no ejerzas la curandería en público —dijo—. Sé lo que eso significa y no te lo pido como algo justo. Te lo pido como algo que es el precio de una situación que no elegiste y que sin embargo es la que hay.

Bárbara lo escuchó. Miró las macetas de lavanda durante un momento.

—¿Y dentro de la casa? —dijo.

—Dentro de la casa nadie puede decirte lo que haces.

—Entonces dentro de la casa seguiré siendo lo que soy —dijo Bárbara—. Y fuera de la casa seré lo que necesite ser. No es lo que quiero pero es lo que acepto.

—Es lo que acepto —repitió Bernardo, y en esas palabras había un reconocimiento de que lo que ella estaba cediendo era más de lo que él tenía derecho a pedirle, y que lo sabía, y que esa deuda era de las que no se saldan con ningún gesto sino solo con el tipo de vida que se construye después.

Aquella tarde, mientras Isabel preparaba la cena y el olor de las hierbas guisadas llenaba la casa desde la cocina hasta el patio, Bárbara fue a su cuarto y abrió el cofre de madera que guardaba debajo de la cama. Sacó los utensilios de su oficio uno por uno: el mortero de piedra con su mano, las tijeras pequeñas de podar, los frascos de vidrio con sus tapones de corcho, la balanza de precisión que su madre le había regalado el día que cumplió quince años con la inscripción en el mango que decía mide bien, pesa justo, que era el lema de las Salazar desde antes de que ninguna de las dos pudiera recordarlo.

Los fue colocando dentro del cofre con el cuidado de quien guarda algo que no pierde valor porque se guarde, que sigue siendo lo que es aunque no se use, que espera con la paciencia de las cosas que saben que volverán a ser necesarias.

Cerró el cofre. Puso la mano sobre la tapa durante un momento.

Luego bajó a cenar con su madre.

Epílogo

La ventana y el humo

Han pasado dos años.

Córdoba sigue siendo Córdoba, que es una manera de decir que algunas cosas cambian y otras no cambian y que la diferencia entre unas y otras no siempre es la que uno esperaría. El mercado del Potro sigue con su ruido y su olor a especias y a cuero curtido y a la mezcla de lenguas que todavía sobrevive en los barrios donde la historia ha dejado capas superpuestas que ningún edicto ha podido borrar del todo. El Guadalquivir sigue bajando hacia el sur con su color de barro y su paciencia de río que ha visto demasiado para apresurarse. Los almendros del camino florecen cada febrero con la misma puntualidad de siempre.

El convento de San Pablo el Real tiene un novicio nuevo en la celda que fue de Bernal de Andrade, un muchacho de Jaén de dieciocho años que estudia teología con la aplicación del que cree en lo que estudia y que todavía no ha encontrado ninguna razón para dudar de nada, que es una condición que la vida suele ir corrigiendo con el tiempo aunque nadie pueda predecir cuándo ni de qué manera.

Fray Diego Rodríguez Lucero sigue siendo el inquisidor de Córdoba. Ha procesado desde entonces a cuarenta y tres personas más, con la misma convicción de siempre y los mismos métodos de siempre, y no hay señal de que vaya a detenerse porque las instituciones que creen en su propia misión no se detienen por razones internas sino solo por presiones externas que todavía no han llegado. Llegará el día en que sus propios excesos lo alcancen, que es lo que suele ocurrir con los hombres que confunden la firmeza con la impunidad, pero ese día no es el de esta historia.

Fray Tomás de Torquemada sigue firmando sentencias desde Segovia con la autoridad del Gran Inquisidor del Reino y la certeza de quien ha convertido la sospecha en sistema y el sistema en fe. Tiene setenta y dos años y la energía de un hombre que no puede permitirse el agotamiento porque su trabajo no tiene fin visible. También a él lo alcanzará el tiempo, pero tampoco ese día es el de esta historia.

La casa de la calle del Almendro tiene la puerta entreabierta la mayor parte del día, que es la misma señal de siempre para quienes saben leerla. Isabel Salazar recibe enfermos por la mañana con la misma metodología de siempre, el mismo orden en la repisa, los mismos tarros de barro con sus hierbas etiquetadas con la letra inclinada que Bárbara aprendió a imitar desde niña sin proponérselo. Los manuscritos árabes no están y no estarán, y ese hueco tiene la permanencia de las pérdidas que no se subsanan sino que se aprende a rodear, como se rodea un pozo en un camino conocido, sabiendo siempre dónde está aunque no se mire directamente.

Isabel no ha vuelto a hablar de ellos. Bárbara sí, una vez, una tarde de verano en que estaban las dos en el patio trasero cuidando las macetas y el silencio entre ellas tenía esa calidad particular de los silencios cómodos que de pronto se vuelven otra cosa.

—¿Los recuerdas de memoria? —preguntó Bárbara.

Isabel no respondió de inmediato. Siguió podando la lavanda con las tijeras pequeñas, con esa atención que ponía en las cosas manuales que era también una forma de pensar.

—Suficiente —dijo al fin.

—Entonces no se perdió todo.

Isabel la miró. Sonrió con esa sonrisa pequeña y segura.

—No se perdió todo —dijo.

Bárbara vive en la casa de los Aguilar desde hace un año, desde que la boda se celebró en la parroquia de San Andrés con la asistencia de la familia completa de Bernardo, que llegó con la corrección formal de quien cumple con lo que corresponde y la incomodidad visible de quien hubiera preferido que correspondiera otra cosa. Doña Inés estuvo presente con el vestido adecuado y la expresión adecuada y no dijo

nada inadecuado en ningún momento, que era su manera de aceptar las derrotas con la dignidad que consideraba obligatoria en alguien de su nombre.

Don Rodrigo le dio la mano a Bárbara después de la ceremonia con una calidez que no era diplomacia sino genuina, que era el tipo de gesto que los hombres cansados hacen cuando han dejado de pelear batallas que ya no pueden ganar y descubren que la derrota tiene a veces un sabor que no es exactamente amargo.

—Bienvenida a la familia —dijo don Rodrigo.

—Gracias —dijo Bárbara, y en esa palabra había una economía que don Rodrigo reconoció y apreció, porque era la economía de alguien que dice lo que quiere decir sin añadir lo que no hace falta.

Alfonso, el hermano mayor, no habló con Bárbara en toda la ceremonia, lo cual era ya en sí mismo una forma de comunicación que todos entendieron y que nadie señaló porque señalarlo hubiera requerido gastar energía en algo que no valía la energía.

En la casa de los Aguilar, Bárbara ocupa el cuarto del piso alto que da al patio interior y desde el que se ve el naranjo que don Rodrigo plantó el año en que nació Bernardo y que ahora tiene la altura y la frondosidad de los árboles que han tenido tiempo suficiente para crecer sin que nadie los moleste. En ese cuarto hay un cofre de madera debajo de la cama que nadie ha abierto salvo ella, y que contiene lo que contiene, y que espera con la paciencia de las cosas que saben que volverán a ser necesarias.

Por las mañanas, antes de que la casa despierte, Bárbara baja a la calle del Almendro y pasa una hora con su madre. Revisan juntas los casos de la semana, discuten los remedios, prueban nuevas combinaciones de plantas con la curiosidad metódica que comparten desde siempre. Es la única hora del día en que Bárbara es completamente lo que es sin que ninguna condición pese sobre ello, y las dos lo saben, e Isabel ha aprendido a comprimir en esa hora lo que antes repartía a lo largo del día, que es también una forma de adaptación, que es también una forma de resistencia.

Sebastián Morales sigue en casa de los Aguilar con el mismo título de siempre y la misma presencia de siempre, que es la presencia de alguien que no necesita más reconocimiento que el que le dan los hechos cotidianos. Bernardo le propuso una vez, en un momento de gratitud más explícita de lo habitual, mejorar sus condiciones de manera formal. Sebastián lo escuchó hasta el final.

—Estoy bien como estoy —dijo.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo Sebastián—. Aunque si alguna vez necesito algo os lo haré saber.

—Cuento con eso.

—Lo sé —dijo Sebastián, y volvió a lo que estaba haciendo.

Es una tarde de otoño, dos años después de todo lo que ocurrió, y desde la ventana alta de la sala principal de la casa de los Aguilar se ve la Plaza de la Corredera en la distancia, o más precisamente se ve el humo que sube de la Plaza de la Corredera, porque hay otro auto de fe esta tarde y el humo tiene ese color y esa densidad que ya son reconocibles para quien los ha visto antes.

Bernardo y Bárbara están en la ventana. Tomados de la mano, en silencio.

No hay nada que decir que no haya sido dicho o que no sea mejor no decir en este momento, porque hay momentos en que el silencio entre dos personas que se conocen bien es más honesto que cualquier palabra, y este es uno de ellos. El humo sube sobre los tejados con su lentitud característica y se dispersa hacia el norte, hacia ningún lugar en particular, como siempre.

Lo que salvó a Isabel Salazar no fue la justicia. Fue la fortuna de haber encontrado a alguien con voluntad y medios suficientes para actuar cuando la justicia no alcanzaba. Esa fortuna no la tuvo todo el mundo. No la tuvo casi nadie. El humo en la plaza lo recuerda.

Bernardo lo sabe. Bárbara lo sabe. Y el saber que tienen, tomados de la mano frente a esa ventana, no es el saber tranquilo de quien ha resuelto algo sino el saber incómodo de quien ha salvado lo que podía salvar y conoce el precio exacto de ese límite, que es el humo de todo lo demás.

El Santo Oficio sigue en pie.

Algunas historias no terminan. Se interrumpen, que es diferente, y lo que viene después es otra historia que alguien más tendrá que contar.

Esta termina aquí.

—FIN